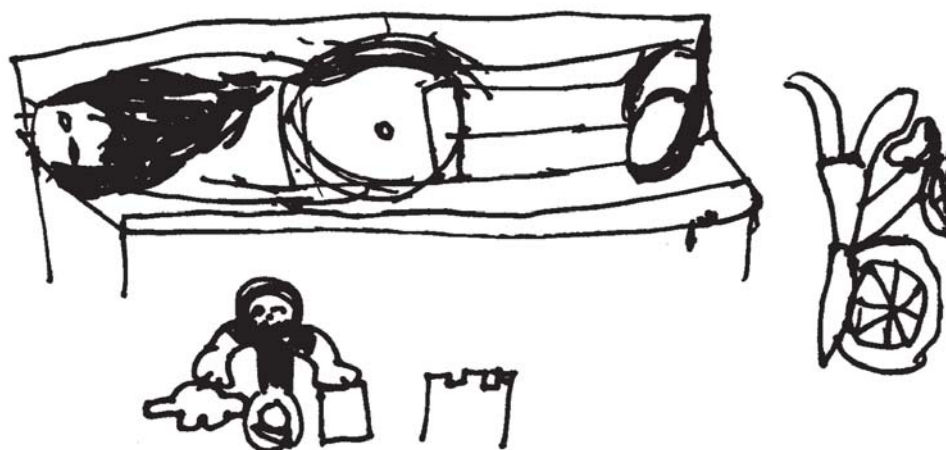


EL SURMENAGE DE LA MUERTA

(Y en el frío, la templanza)

Año 5, Número 12 - Buenos Aires, Argentina - Mayo 2005



Pobre Joaquín

Juan Félix Pérez Jaglin

La intemperie..... La intemperie..... ¿De qué estamo' hablando? Cachemo' el mataburro de doña María, que no será doña Petrona, pero que de este escabeche de la lengua, juna. Primero, como no podía ser de otra manera, intemperie es «femenino». Curiosamente, si lo usamos como nombre, «femenino» es «masculino»: n.m. pausar códigos como la cana. Cosas de esta lengua que no se decide, como en estos días de congreso: que si viene el Gabo, que si no viene; que si viene, pero en el fondo, no viene. Por algo la Parrala era española y no sueca. Y con un idioma así, ¿quién no queda a la intemperie? **Intemperie** «Ambiente atmosférico considerado como asiento de variaciones o inclemencias que obran sobre los lugares o cosas no abrigadas o defendidas contra ellas: 'Conviene resguardar las plantas de la intemperie' «¿Las personas no?, doña María ¿o se refiere a las plantas de los pieses?, que ¡cómo sufren cuando quedan a la intemperie!

Pero ¿qué pasa si consultamos al pequeño ilustrado? (para no citar nombres que nos obliguen a pagar regalías) ¿a quién? ¿a la Real Academia? **Intemperie** es «Destemplanza del tiempo» Ah, bué... Así está más claro, porque **Intemperancia** es el «Vicio opuesto a la templanza» y, volviendo a la María, **Templanza** es la «Cualidad o actitud de templado» Clarísimo, como diría mi amigo Carlos. O, en otra acepción (y aquí la cosa ya se pone mejor) «Una de las cuatro virtudes cardinales, que consiste en moderarse en los placeres de los sentidos». Siguiendo la cadena, ¿podremos decir que **Intemperie** es «el ser inmoderado en los placeres de los sentidos»? Es decir **Artista**. Porque ¿a quién sino a un artista podemos atribuirle esa inmoderación en los placeres de los sentidos, para envidia de quienes no lo somos? Artista, que no tiene género (¿o tiene ambos?), lo cual no quiere decir que sea asexual, hermafrodita ni bisexual. ¡Qué hermosas posibilidades pa'l divague que nos da este noble idioma! ¡Cómo uno puede escribir páginas y páginas sin decir nada, pero diciendo! Casi como los diccionarios, llenos de palabras que no sabemos usar, pero en los que «divague» no figura.

Intemperie

Santiago Deymonnaz

Qué te puedo decir, Fer, de la intemperie.

La intemperie son los siete grados bajo cero de Nueva York, y un sol brillante de hielo.

Un sol que del frío te hace llorar.

Es no encontrar un puto lugar donde poder encontrarme, ni siquiera en mi cuarto.

Es dormir solo todas las noches, el recuerdo de las caricias o los abrazos, del estar tirado en la cama con alguien escuchando música por el simple placer de escuchar música tirado en la cama con alguien.

Es no tener ganas de escribir, es sólo poder contarte cómo uno está, escuchándome una y otra vez repetir lo mismo.

Concluimos entonces que **artista** es **intemperie**. ¿Siempre? No, porque también el arte, como parte de la cultura, puede ser conservador. Y el conservadurismo nunca será intemperie. Ya desde la prehistoria el hombre buscó protegerse de la intemperie en la caverna, símbolo por antonomasia del conservadurismo. Pero en la caverna, hizo arte.

Contra lo que dice el diccionario, la intemperie templá. Bien lo sabe quien ha quedado a la intemperie alguna vez. Pero si la intemperie es permanente, mata; en definitiva, tampoco un artista lo es todo el tiempo.

Es hermoso dormir bajo un cielo estrellado, así como desagradable es la intemperie con lluvia, frío y viento. Tengamos utopías, sabiéndolas irrealizables. No les temamos, aunque signifiquen intemperie, pero construyamos al mismo tiempo para que muchos de nuestros congéneres no mueran a la intemperie.

El poeta y músico Rubén Lena prologó el surco de un viejo vinilo con el siguiente recuerdo: «Era en febrero del 68 y yo había tomado el ómnibus en Lagomar para el centro, tan temprano que el rocío brillaba en el césped cuidado de los patios.

Compré el diario y al pasar de las hojas leí una noticia redactada en pocas líneas donde se informaba que en una calle de un balneario había aparecido el cuerpo de una persona, con ropas muy pobres, cuya identidad no se establecía, y que habría muerto de frío. Nada más.

Doblé el diario y en mi libreta de apuntes escribí: 'Pobre Joaquín' Sintiendo una angustia desconocida por aquel hombre sin nombre, la masa de palabras y melodías, informe todavía, sonaba dolorosamente dentro de mí como un lamento»

Pocos años después, yo también tomaba el ómnibus en Lagomar para el centro, muy temprano, todas las mañanas. A la intemperie..... Otra intemperie..... Sin el placer de un artista, sin el dolor de serlo.

Pobre Joaquín.

Una y otra vez.

Interrumpiendo para intentar salir y volver siempre a lo mismo.

Podría mandarte algunas páginas de mi diario, lo poco que escribí (y porque un poco me obligo a ello).

Pero son páginas que odio, por la interioridad que desparraman.

La intemperie a veces es no poder salir a la intemperie.

Es caminar por la calle mirando al cielo, esperando en vano que un piano se nos caiga en la cabeza.

También un poco así es la intemperie.

Decís bien. Nos vemos en navidad.

No voy a estar muchos días, pero aunque sea de los pelos te voy a llevar al Avila.

La relatividad de un hombre piedrita

Ana Lema

Primera semana:

dos.
El descarte
la anécdota fresca
el verde del césped murmurando,
sosteniendo los cuerpos.

Segunda semana:

dos.
Las palabras
te amo que son ahora:
-¿te aburro?-
y si no lo hago, entonces:
«¿qué siento?»

Semana tres:

Dudosamente, aún
dos.
Sin matices, desdibujo
el camino
hacia otro amor,
le doy un nombre con sabor
a orquídea lila
y el aroma...

Semana cuarta:

Cuando la realidad me gira la cara
quedo frente a vos y errónea
una vez más
pienso, en solventar el compromiso,
en sostener nada y sólo nada.
Entonces me aparto
y
no respirás.
Te indico: -¡no me ahogues con tus caprichos!-

Quinta semana:

(sinónimo de caos)
Vos estás muerto,
parecés muerto
mejor dicho, sos...
Sumergida en la bañera
contrario la rutina
descreo de la idea,
de los deseos que invento
me olvido de mí,
intento
a duras penas,
no dejarte.

Semana seis:

Arremeto nuevamente contra el
filo.
Construyo una ciudad aérea,
con una familia dentro.

Es agosto y las luces lejanas,
encendidas de los departamentos
convencen la ilusión,
por dentro y por fuera.

Apenas: dos seres.

Séptima semana:

Me desato
y quedo
vacía,
a la
intemperie.

Se borra la ciudad y ahora es
la tierra, y pruebo.
Testeo el silencio.
No te llamo.
Suena el teléfono,
me olvido el auricular descolgado.

En el filo:
la palabra.

Reflexiono,
«el deseo no existe
lo inventan los seres».
Mas sin deseo, «¿desaparecemos?».

Octava semana:

Las lombrices juegan en la pared,
la pared es la tierra,
el deseo esta enterrado.

La ciudad crece una vez más,
la recreo en otro aire,
la destruyo a mi antojo.

Y mientras repercuta,
se ausenta el filo.

In Promptu

Diana Recagno

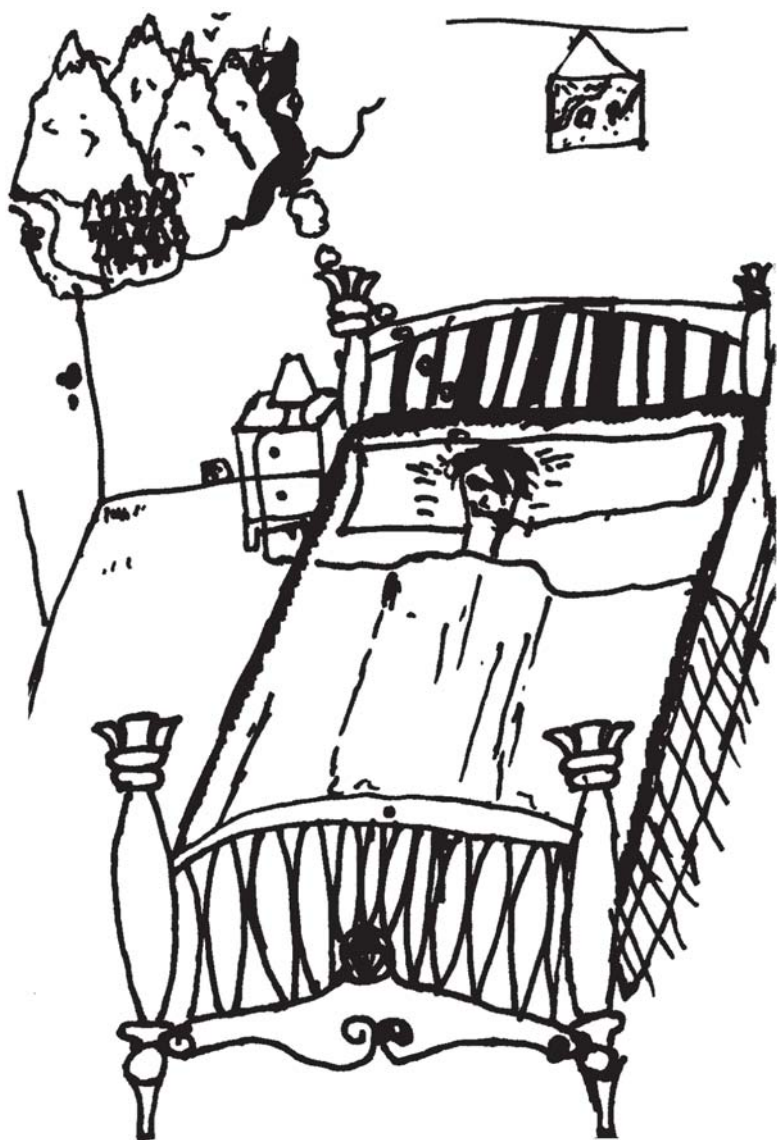
(Al raso en la isla)

Cuando Desiderio llegó al estrado, ya estaba en marcha la discusión.
Vestía negro pantalón y negra camisa; lo cual lo hacía lucir más magro de lo que era.
Se cortó la exposición del panelista, por supuesto. Se lo saludó, se le dio la bienvenida y la audiencia lo reconoció.
No se escuchaba ni la respiración de los que desde el auditorio lo habían estado esperando.
Allí estaba, finalmente.
Después de tanta burocracia. Boleto de venida y vuelta. La Habana/Buenos Aires/La Habana. Había sido la condición para que su palabra se escuchara aquí. Sólo se conocía su escritura.
Su rigor crítico.
Su compromiso indeclinable hacia el régimen.
Sus estudios en Moscú.
Sus varias lenguas extranjeras habladas por decisión propia.
Aplomado, expuso su mirada sobre el arte latinoamericano. Sus condiciones híbridas, sus avatares, su sumisión a las ondas globales.
Y tantas otras opiniones.
Teoría explayada en «sentencias» indiscutibles, para algún que otro escucha de ese encuentro de críticos de arte en La Recoleta.
Luego hubo, por supuesto un «break». Fue abordado, como los otros panelistas, para poder conocer algo más sobre la vida en la isla. De esto hace ya algunos años.
Recuerdo su parsimonia, cuando sorprendido, contó que una rasuradora descartable había costado cinco dólares en Buenos Aires, en un quiosco.
Había costado. El dinero, su dinero de bolsillo, había sido provisto por la organización del Encuentro de Críticos.
No manejaba dinero propio. Por eso pudo venir.
Contó que tiene, tenía? una bicicleta para llegar y volver de su trabajo. Pedalea cuarenta km. diarios.
Tiene arroz como alimento cotidiano. Varios nietos. (Su pelo negro desmentía la edad que se le suponía)
Universitario, docente en ese mismo territorio; con un sueldo que sólo le permitía comprar una rasuradora en Buenos Aires.
Y desde ese momento supimos que no dejaría la isla.
Resistiría la «inevitable» invasión desde La Florida, hasta dar su vida.
Por su isla.
Te queremos tanto Desiderio Navarro! Con ese nombre!



Tiempo e intemperie

Estela Gagneten



Memorial

Alejandra San Martín

El alma extraviada, desamparada y su cicatriz.

El alma huérfana del cuerpo suplicado y del cuerpo del disfrute, del cual se bebía el dulce elixir, que ahora es vino avinagrado.

Ya no seré jamás invitada a la fiesta orgiástica de sexos húmedos.

Por amar, hemos sido desencarnados; largas filas de ánimas, anhelan poder recocerse, adivinarse; pero no hay peregrinajes posibles, ni plegarias, ni hilo de Ariadna.

Aquí nadie escapa al severo dominio del demoníaco ángel que custodia éste Hades de lastimosas almas que han quedado destempladas; porque la soledad carnal es infinita.

No habrá ofrendas a ninguna divinidad, ni misericordia; la misma por la que hemos sido depositadas en éste vacío espectral: la desértica piedad de un beso.

Mi alma ya llevaba espinas y espadas, demasiadas; no me importará morir de una única tristeza, que se bebe a sorbos hasta inundar el último resquicio que quedaba inmune.

Así, quedarme ida, perpleja por un suspiro, estéril de palabras: la hora olvidada.



«...cuando la distancia entre el cielo y la tierra se borran, sentimos vértigo», nos recuerda Emile Cioran. Sentimos la intemperie del tiempo arrasado.

«..Se encontró súbitamente en la intemperie en un paisaje en que no había quedado nada igual a excepción de las nubes rodeado de un campo de fuerzas de corrientes devastadoras y explosiones, se encontraba en el minúsculo y quebradizo cuerpo humano...»

O aquel arrebató mortífero, aquel acto extremo, que lleva a convertir un acontecimiento en destino, quedando el paisaje de la imperturbable síntesis de las tierras arrasadas, la existencia, suspendida... en el temblor de la intemperie.

Bergman, en Imágenes... «me parecía que cada tono de mi voz, cada palabra de mi boca, era una mentira, un juego para ocultar vacío y bastío. Sólo había una manera de salvarse de la desesperación y el colapso: descubrir la claridad detrás del silencio, o en todo caso, tratar de recurrir los recursos de los que aún disponía.»

Si pensamos en los movimientos que el tiempo dibuja, en sus pliegues, a veces nos encontramos con la narración, otras con las sandalias aladas de Perseo, a veces con el desamparo. Pliegues donde se esgrime la fragilidad humana.

Perseo no desconoce el horror, no desconoce el mundo de los monstruos, tampoco la realidad, llega a vencer la gorgona porque no la mira directamente y apoyándose en las nubes y el viento, vence ese horror, pero sabe que está en su vida sin que eso lo lleve a quedar petrificado. ¿Cómo pasar de la petrificación a la ficción? Movimientos sutiles de las narraciones, las ficciones. Para situarnos en el mundo necesitamos de las ficciones que nos posibiliten un intercambio que no siempre será de violencia y destrucción. ¿Qué lugar toman los cuerpos, las palabras, los anhelos cuando ya no hay ficción sino fijeza? ¿De qué sirven las palabras cuando falta todo interés que pueda servir de razón?

Acaso sean las ficciones las que nos permiten el arte de metaforizar el dolor, el desamparo, el astillamiento del cuerpo, con los recursos de lo imaginario el arte organiza simbólicamente lo real

Diferente a la propuesta de M. Heidegger que declara «sólo un Dios puede salvarnos», sabemos a lo largo de la historia que en ese lugar absoluto, han venido diferentes dioses oscuros a «salvarnos», dioses oscuros cuyas obras son Auschwitz, Hiroshima, La Primavera de Praga y en nuestro país, los desaparecidos.

Son puntos sin metáfora en el lazo social, no hay lazo – hay agujero. ¿Acaso no es el borramiento del tiempo, la memoria y la extrema intemperie?

La existencia despojada de todo valor político y de todo valor ciudadano, la vida privada de todo derecho, puede ser objeto de todos los experimentos, la Nuda – Vida, o vida desnuda.

Nada detiene allí el gesto en el umbral que separa lo posible de la canallada. El tiempo de la narración nos muestra otros de los pliegues por donde transita la existencia. La narración no pretende comunicar «la cosa en sí», sino más bien evoca, encarna la narración, la vida del relator, para proporcionar a quienes escuchan lo acaecido como experiencia.

Así, en lo narrado queda el signo del narrador como la huella que deja el sople del cristal con la marca del artesano.

Aquella música que nos escucha Chopin llamó «la nota azul» a la magia de un instante de tensión, al punto culminante que puede estar en el intervalo de dos acordes, al punto de explosión de sentido, de ruptura temporal que es anunciado por las notas precedentes. Lo esperamos, nos sorprende y nos libera del tedio, le da color al instante, metaforiza el peso del cuerpo en levedad.

Los negros en EE.UU. crearon el blues, otra octava más en el pentagrama, crearon improvisaciones allí donde era impensable y ubicaron su música en un intersticio de libertad.

Desde el juego de sombras y luces, en ese claroscuro insignificante, experimentamos el sentimiento de que en esos juegos el lugar encierra un espesor de silencio. Aquellos mitos, aquellas narraciones, aquellas ficciones que sin olvidar el astillamiento de la existencia, de la contingencia, del horror y el desamparo, nos devuelven sin embargo, nos evocan, una relación con el tiempo que ya no será pura pulsión de muerte, sino más bien, la urdimbre de las pulsiones de vida y de muerte, con las cuales lo paradójal del deseo, nos arranca de la intemperie, el vértigo y el tiempo de las heladas aguas.

«El arte nos recuerda que con la vida no alcanza». F. Pessoa

Historias del arte. Diccionario de certezas e intuiciones

Diana Aisenberg

Intemperie

* la vereda, no te amo más, la muerte de Alicia, quiero pero no puedo, sufrir las ausencias, un niño solo, mañanas de invierno, mi abuelo cuando no puede decir lo que siente porque no recuerda ya las palabras.

* sin protección, sin contención, sin ropas, sin legado, sin valores, con el alma desnuda. desolación, vacío, mojado.

* calor, humedad, viento y marea, tsunamis, soles, lunas y estrellas, lunas llenas, plantas, animales, personas, paquetes, papeles, bolsas, carritos.

* expuesto al tiempo.

* expuesto a las inclemencias del tiempo.

* tiempo personificado.

* las plantas, están felices en la intemperie.

* aire libre.

* estímulos físicos.

* sin techo.

* afuera.

* no hay sol al que se le llame intemperie.

* fuera de un techo, de una casa, de un hogar.

* in-dentro temperie-clima.

* movimiento.

* fugas infinitas.

* a la intemperie descubierta, embrión. Apenas un punto más dentro de la infinidad de una recta.

* situación en la que, debido a diferentes confusiones mentales, se puede encontrar el ser humano.

* dicese de la ausencia de refugio, poncho, cariño, amor, cuando se está afuera de y expuesto a. Lleva implícito la noción de adentro/afuera y una connotación negativa: es poco usual aludir a la misma como situación de disfrute. Aquellos que lo han manifestado positivamente están bogando con su humanidad por derroteros que el común de los mortales ni media uapa darían por tener dicha experiencia.

* lo que se siente al salir del vientre materno y al vivir en una sociedad que no protege a sus ciudadanos. Es buena cuando es la contemplación de una noche cálida con cielo estrellado y es mala cuando te dejan sin techo.

* mental: sugiere la vacuidad de ideas, pensamientos o peor aún, sentimientos.

* estomacal: no nos deleita con su grave sonido de tuba, y el adorno de ojos bien abiertos, atentos, en la búsqueda desesperada de un bien apetecible.

* económica: nos acerca a la realidad más cruda, de pies descalzos, de humanidad, de comida, de sueños, de almas.

* acción y efecto de lo que está fuera del tiempo (del sáns. in-tiempry). Por extensión: lo que queda por fuera del espacio (techado).

* término muy usado últimamente -de moda- entre los estudiosos de la filosofía, de la cultura, de la sociedad para hablar del quiebre de los paradigmas, del vacío teórico. Refiere a Hanna Arendt.

* no tener nada, no poder sentir nada y saber que no hay ninguna posibilidad de poder acceder a algo que tenga algún significado en la vida.

* donde nadie quiere caerse muerto, mejor adentro de una casa donde todo aparenta estar bajo control. Es difícil para una persona aceptar que todo esta vivo, de ahí que la intemperie pueda provocar hasta pánico.

* algunas veces (por suerte pocas) he llevado mi vida a la intemperie.

* me recuerda a cosas personales, cada vez que empiezo algo nuevo me siento a la intemperie, sin protección, sin mi mamá, sin mi novio... sola.

* un recuerdo cercano; caminar por Venecia a la intemperie en este ultimo invierno que esta llegando a su fin allí. En el recorrido del Lido. En las tardes de la Riva De Schiavoni hacia la isla de Santa Elena un día nublado. La intemperie de esa ciudad te abriga.

* afuera de la ciudad, a la intemperie se pueden ver las estrellas mas brillantes y las estrellas fugaces y los satélites que pasan en línea recta, en esos casos te das cuenta que el cielo esta curvado, es como una copula.

* el cielo se te puede caer encima en pedazos.

* «Dado vuelta como una media, como si mi humanidad se tratara de una topología de goma, estoy, interiormente, dormido a la intemperie.»

* cuando se hace pis a la intemperie hay que fijarse la dirección del viento.

* hoy haciendo tiempo dormí a la intemperie me desperté sobresaltado temeroso de que me robaran el teléfono.

* a la intemperie se hace muy difícil dibujar, siento que me pierdo de algo si solo miro mi hoja.

* destemplanza del tiempos atmosférico.

* a cielo abierto.

* algo me va a atropellar.

* la atención se amplía en muchas direcciones.

* estar a la buena de los elementos.

* un viento fuerte que te arrasa.

* vencer el miedo a la muerte.

* morir a las falsas seguridades.

* moda impuesta por los sin hogar.

* necesidad de un refugio. Las casas son refugio. Ojalá no lo fueran.

* un soplo de fuego.

* me gusta.

* entregado al devenir de cuerpo entero.

* en el fondo de casa, solo a cierta hora.

* una ola que te hace caer.

* gente que duerme en la calle.

* estado de desasosiego.

* la del alma, cuando nunca encuentra cobijo, de la soledad, de los viejos y de los niños, en Argentina.

* la intemperie templada.

* llevamos años a la intemperie.

* lo que no tiene techo y esta abajo del cielo.

* algo que esta vertical pero después horizontal.

* algo que esta horizontal y que después rueda.

* algo que rueda y hace trompos.

* un nuevo año y van! todos trabajando al sol, a la intemperie. qué lindo.

* 32.000.000 de argentinos vivimos a la intemperie de una democracia frustrante. Solo 1.000.000 viven. Habría que revertir el asunto y estos últimos deberían vivir a la intemperie para compensar.

* las casas tienen muros y techos que nos separan de la intemperie. Las casas nos dividen de la intemperie, nosotros adentro, la intemperie afuera. Las casas son clementes siempre. Por medio de sus puertas podemos elegir el tiempo que queremos vivir.

* el tiempo en que se vive. El tiempo es crudo, es inútil pedirle clemencia. La calle lo delata, se viven tiempos violentos. No sólo porque se ve gente durmiendo a la intemperie, tan violento, tan perjudicial para la salud y para la higiene, sino que también por la agitación. La gente está agitada.

* nombre que aparece en el celular Nokia que Dianita me regaló una vez, cuando hay que ponerle un volumen alto para que se oiga precisamente en intemperie.

* ceder en mi egoísmo. Hacerme vulnerable no solo al desprecio y a la crítica, sino también al diálogo. Salir de la seguridad de que tengo absolutamente la razón; de que las cosas son solo como yo las veo.

* maderas al exterior requieren costosas pinturas para exteriores, dosis alternadas e intolerables de lluvia y de sol le provocan el colapso a las maderas pulimentadas.

* vivo en la zona del Bajo en Bs. As.

A las 8:15 hs. de varios de los días de la semana llego a la calle Corrientes, casi llegando a Florida, me sorprende un cuadro de tres dimensiones: 5 u 8 niños tirados durmiendo a la intemperie.

* una vez, me toco dormir en la intemperie, me encontraba yo haciendo dedo en una ruta casi despoblada, yendo desde un pueblo del interior hacia la ciudad de Santa. Fe. Venia de una fiesta de tres días organizada en un camping gigante con salida al río donde como plato fuerte tocaba la mosca. Nosotros éramos cuatro haciendo dedo, por lo que decidimos separarnos en dos grupos de dos, para hacer mas fácil la situación. Los otros dos fueron mas afortunados ya que en dos pasos llegaron a Santa Fe (más o menos a 200 km) Nosotros tuvimos menos suerte. La noche nos encontró a mitad de camino. Decidimos pasa la noche en una estación de servicio, pero como no consumimos, nos echaron. Decidimos dormir al lado de la ruta hasta el amanecer. Pero a la hora de hacerlo contábamos con una sola ventaja y muchas contras. Teníamos la carpa, pero no las estacas ni los parantes (al separarnos repartimos los pesos de una manera absurda). Sin dinero ni abrigo, nos dispusimos a dormir usando la carpa como frazada y las mochilas de almohadas. Recuerdo el rocío frío en mi cara, y una invasión de bichos cascarudos de luz, hasta que llego el sol y todo volvió a ser un horno.

Mitos de amor, de mujer, de muerte

Leonor Silvestri

Filis

Llueve afuera. ¿Acaso hay algo más clisé, más doloroso que la lluvia, afuera? Llueve afuera-insisto. Filis demencial no parece percatarse, se protege con la cofia y el piragüitas griego. Caminaste, Filis, 9 veces, ese camino, de ida y de vuelta, de memoria, 9 meses, 9 rutas, 9 veces, del puerto a la ciudad de la ciudad al puerto. ¿Acamante? No vendrá, Filis, no vendrá por la ruta del almendro. Llueve afuera, Filis, se ahorca de la rama más alta, más fuerte de ese almendro en el que se transformó. Afuera llueve, desgarradoramente, nada más triste que esta lluvia y Filis suicida.

Una cajita ¡No la abras! Dañarte puede esa cajita qué tiene adentro ¡Acamante, te olvidaste del amor, de Filis, del almendro, de la cajita, de volver, de tu promesa? Llueve, el piso duro, golpeado, afuera.

Ariadna

Ninguna mujer confíe nunca en el juramento de un varón, no nunca, ninguna mujer confíe. Ninguna espere que las palabras de su varón sean fieles, sean verdaderas. Que mi castigo sea sacrificio para que todas aprendamos.

El deseo estuvo allí, servido, y era eso, exactamente. El deseo, el torbellino, de la muerte, embustero, el deseo en el momento supremo, y fue exactamente eso. Ah, el amor, que entró. ¿Seré entregada a las fieras? ¿Ni muerta habrá una mano hermana en esta isla párama que me cubra ni con un puñado de tierra? Dejo escapar agudos alaridos al oleaje. El vestido recogido, obscenidad cruel del desparpajo, el pie desnudo obsceno también, la pierna entristecida desgarrada. La cinta no sujeta tus cabellos, hermosa, Ariadna, el fino tejido, roto, el pecho, el suyo, ligero, su pezón de leche cálida, su tetilla tibia de animal de granja, revolotea todo por los aires agitado, pendiente de vos, Teseo. La ropa caída sobre las algas de la salobre playa con sus ojitos degollados, ganado errante, perdida en el corazón. Y vos, y vos, Teseo, ni miraste atrás, como Orfeo. Golpean tus remos, golpean las aguas, golpean a Ariadna, sola en la isla, a la intemperie, sobre la arena en la playa.

Medea

Parida, ya está parida la venganza. Yo la parí, la venganza, las quejas, las palabras, de pie vertical, la paría, como paren las mujeres, sin varones, sin ayuda. Del mismo modo que fui tras él, del mismo modo me abandonará: regaremos el camino con sangre. ¡Que viva y recuerde lo que le he entregado! Hacia allí vas, hacia la pena. ¿La pena? Sí, nodriza, que pase, Jasón la está aguardando, la pena inconmensurable. Mi honra, sí, también, volverá, mi virginidad perdida, está invitada, no hay vergüenza, no hay mora. Muestra la herida y lo tenemos. ¿Los niños? Que perezcan no son míos, que sucumban libres de nuestros delitos y de la culpa, ay la culpa, siempre, inocentes, lo confieso. No vacilo, no hay lágrimas, no hay reproches. ¡Vuelve a mí, virginidad robada, a mi cuerpo! Un día de fiesta y de boda. El placer, me toma, me captura entera y me penetra, aumenta y se agranda. ¿Te olvidarás de nosotros? No, nunca nos olvidarás. Mi mirada caerá sobre vos, mis ojos que embrujan a los niños, mi pupila fija en vos, los ojos blancos, ciegos bien abiertos. Quiero mirar, quiero verte mientras ocurre el milagro.



Psique

La noche toma control. Las velas vuelan en la casa encantada todo vuela. Una mujer, la sombra la eleva. La muselina amarilla del vestido nube. Cierro los ojos y vuela en su escoba. El día se desliza hacia fuera, hacia la lluvia, lo barro, dentro la noche, hacia la noche, hacia afuera, la escoba, la muselina, los gatos y las velas. No es verdad, irreal, es el amor, el amor es actuar, es noche. Sueños gatunos, almizcleros, tornan la realidad gatuna, alada solo de noche, de día, la soledad. Los gemidos, aúllan como niños, como gatos. Aquí, el lecho, el rumrum del silencio, del jadeo, la escena empieza a ser hilada. La estrella de la cuenca bien dentro mío. Prenderé la lámpara que se hará añicos, quemaré tu alita dulce emplumada, ala de mariposa de noche con aceite hirviendo. Me pincharé el pulgar con tu flecha, con tu rueca, con una flecha. La gota, la sangre, salpicada nuestra cama. Y ni un triste pedacito para mí, sólo para mí. Dormir, soñar, soñar, dormir, por siempre jamás.

Glosario Mitológico

Filis: enamorada de Acamante que fue acogido en Tracia por el rey, su padre, tras ser arrojado por las olas allí. Él le prometió casarse, y le dijo que tenía que volver a Atenas antes. Ella le dio una cajita y le pidió que no la abra nunca. Acamante no volvió en fecha y Filis anduvo 9 veces el camino de la ciudad al puerto y luego se ahorcó. Él se estableció en Creta con otra mujer y abrió el cajita el día que Filis se suicidaba. De allí salió un espectro que asustó a su caballo y lo tiró de la silla matándolo.

Ariadna: princesa, hermana de Minotauro, ayudó a Teseo, a quien amaba, a matarlo contra la voluntad de su padre, el rey de Creta, Minos. Luego abandonó su patria por amor y se fue con Teseo. Este la abandonó en la isla de Naxos, que estaba desierta, mientras ella dormía.

Medea: princesa de la Cólquide se enamora de Jasón que viene a robarle a su padre el vello cino de oro. Medea lo ayuda con su magia y escapan juntos a Grecia. Ella mata a su hermano pequeño en la huída para demorar a su padre. Jasón se casa con ella y tienen dos hijos pero la repudiará para casarse con una mujer más joven, princesa Corinto. Jasón le niega a Medea, que se debe ir desterrada, llevarse a sus hijos, aun sabiendo que tendrá otros con su nueva mujer griega y que los primeros se convertirán, según las leyes, en bastardos sin derechos. Medea, entonces, los mata.

Psique: más hermosa que Venus. Cupido se la llevará a su palacio donde vive sola de día rodeada de criados invisibles. De noche, él la visita, a oscuras sin revelar su origen. Psique tiene prohibido prender la lámpara y verle la cara. Una noche, transgrede la prohibición porque sus hermanas envidiosas le han dicho que su marido es una serpiente. Entonces al ver quien era su amante, la torpe Psique se pincha el dedo con una de las flechas mágicas de Cupido quedando enamorada. Cupido escapará y Psique deberá cumplir con una serie de tareas imposibles para reconquistarlo. Esta historia da origen a los cuentos *La Bella y la Bestia* y *Cenicienta* en su versión original.

Bibliografía: *Medea*, de Séneca. *El asno de Oro*, de Apuleyo. *Poema 64*, de Catulo. *Cartas de las heroínas*, de Ovidio



Mujeres y hombres desamparados

Pablo E. Chacón

Días atrás leo que en Palermo, Italia, un hombre fue condenado a indemnizar a su ex esposa por no avisar que era impotente. Los cargos van desde indolencia hasta maternidad frustrada. El tipo -que adujo vergüenza para justificar su silencio- decide apostar al amor; su propuesta de matrimonio es aceptada por una joven siciliana que sólo permite (y se permite) besos secos, negros, cateos, mamadas y dedos (dedos hasta en el orto, y bien a fondo), pero nada de cama. El hombre rompe o cree romper el maleficio, la división siniestra entre la madre y la puta (porque de putas, hasta los tuétanos, y nada); se inclina ante la familia del virgo para pedir su mano: mano entregada. Ahora él está entregado, igual de impotente, endeudado, acobardado y vigilado por expertos.

La enfermera pide que se acomode, que se ponga cómodo. En la sala de espera hay otros hombres, vestidos de manera impecable, esperan su turno en silencio. Cuando le toca, siente cierta cosa, cierta vergüenza al comprobar que el especialista es una especialista, es una mujer, más o menos de su edad. Se sienta, escucha lo que tiene que escuchar y a continuación, la especialista pide que por favor se saque los pantalones y los calzoncillos. Desnudo, debe colocarse alrededor de la pija dos anillos elásticos conectados a una máquina por un sistema de cables. La descarga eléctrica es débil y lo sorprende, no se da cuenta, hasta que se da cuenta, que la tiene parada, tiesa, dura como una manguera. Se acuerda de Errol Flynn, la tenía tan larga y era tan generoso que cuando se ponía en pedo tocaba el piano con la pistola. Está igual que Errol Flynn, pero menos generoso. La especialista lo invita a quitarse los anillos y a vestirse. Entretanto, completa un formulario con sus datos. Se lo entrega, lo despide y le dice: Ya ve, no puedo hacer nada. Se marcha muy contrariado: la causa de su impotencia nada tiene que ver con un problema orgánico.

¿Son hombres esos que escriben con el puntero en la cabeza, amenazados por no sé qué orden, por no sé qué logias heterofóbicas?, ¿son hombres esos que escriben, como el francés Daniel Welzer-Lang, un ensayo sobre la masculinidad a principios de milenio y titula Para una aproximación pro feminista no homófoba a los hombres y a lo masculino?

Por favor: casi dan ganas de decir que hombres, eran los de antes.

El alma zen

Juan Carlos Romero

La intemperie es un estado del alma y el sabio zen así lo comprendía. Un día de verano estaba meditando al sol, que emitía un calor muy fuerte. Ya había llegado el mediodía, casi no se podía soportar semejante calor. El monje primero mira a cada uno de sus costados, luego giro la cabeza al frente y por ultimo la inclino hacia abajo, en dirección al piso de tierra, donde se apoyaban sus pies descalzos. Después muy lentamente dirigió su mirada al cielo y dijo a su discípulo: hoy el calor del sol es un poco más amarillo que ayer y el color del cielo no estaba plenamente azul. Ayer fue muy triste...

La intemperie

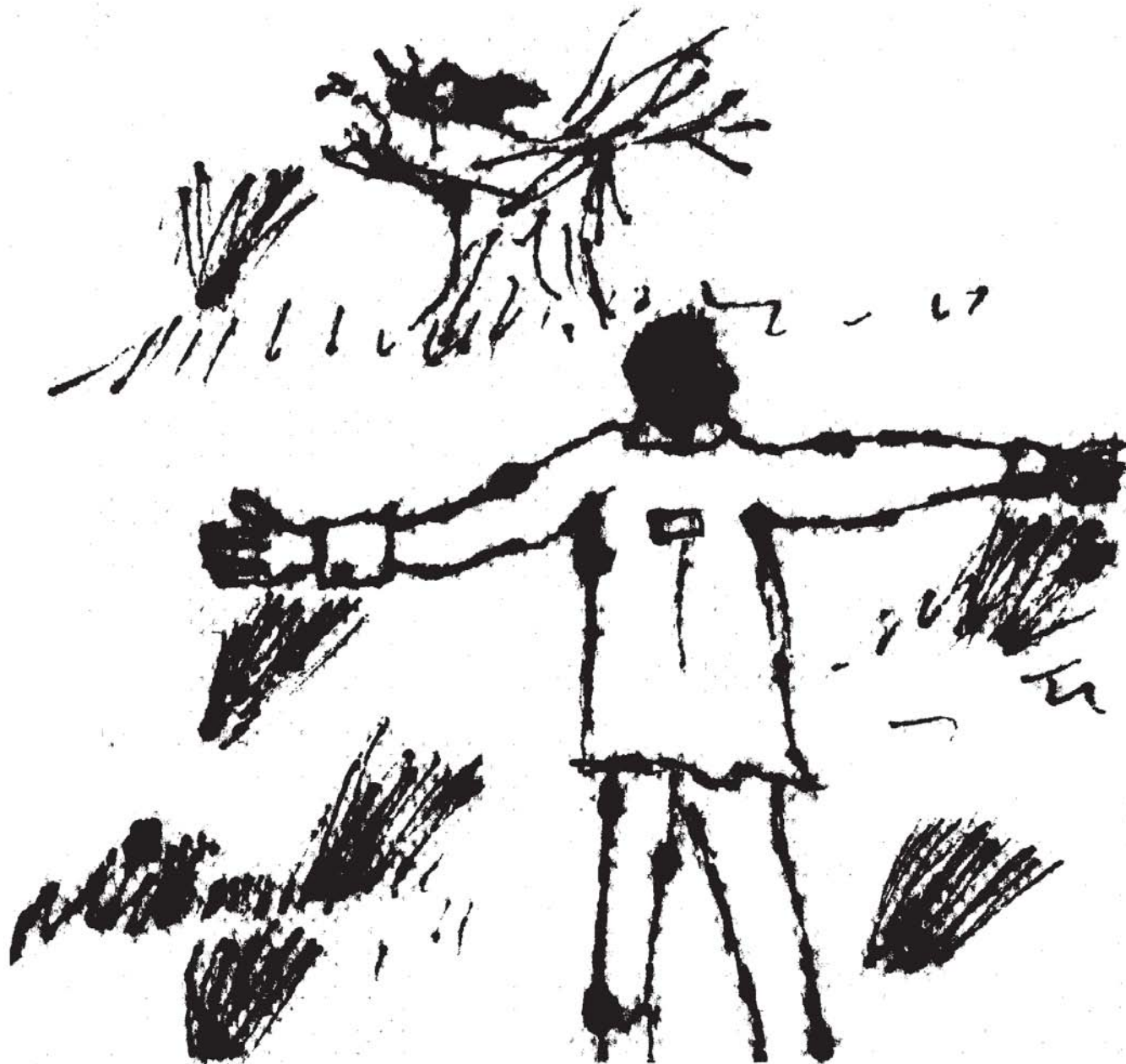
Víctor F. Sitá

Me dispongo a ver. Me sobresalto. En lo alto una presencia insólita. No me esperaba encontrar allá tan considerable Nada. En el estado en que me encuentro, poseído de lo animado, en extrema y desconcertante vacilación, la presencia es objeto, pero ante todo Presencia. El conocimiento según el cual eso es inofensivo, me inquieta.

La calle se agotó en un punto del espacio. Los ruidos pasados vuelven a pasar. Voces anteriores quedan en suspenso como deslizamientos en la memoria. En lo alto, la considerable Nada inicia sus violentos reflejos en el entrechocar de espadas. En el espejo en tanto una calma que no llega.

La realidad cotidiana está allí, cosida a las cosas, enfundada en las apariencias. Siempre la misma: la máscara de la considerable Nada. Perdido en el páramo de los conceptos, anudo sombras, registros inútiles de todo cuanto es el número de objetos que están al acecho. Todos los gestos me envuelven. Invasión por parte de las presencias. Morada en silencio.

Los centros: ¡cuántas desviaciones! Entrechocándose, emiten una pálida luz, claman con sus vocecitas transparentes por la geométrica disposición de las luces en lo alto, sembradas de calculado azar. Han comprendido que la considerable Nada se repliega, se absorbe a sí misma. Ahora es Intemperie. Me dispongo a ver.



Relato de una formación (a la intemperie)

Roxana Licovestky

Después de todo, era cierto, se lo habíamos dado todo: vestimenta y palabras. Pero vos insistías en salir desnuda a la calle, nadie va a mirarme, decías, bah, decías es sólo un modo de explicar, porque decir, decir, no decías nada. Eras la resistencia más pura y descarnada que habíamos engendrado. Otra vez me equivoco, porque sí, te habíamos engendrado pero a nuestra idiosincrasia la ignorabas por completo.

La realidad era que nunca podíamos enseñarte nada, no porque no lo aprendieras, sino porque lo incorporabas tan rápido como rápido lo desechabas. Reconozco que fue una locura, nuestro último intento. Me refiero a vestirte. Pero no podíamos entender que de nuestros cuerpos, que del mío, hubiese salido una salvaje como vos.

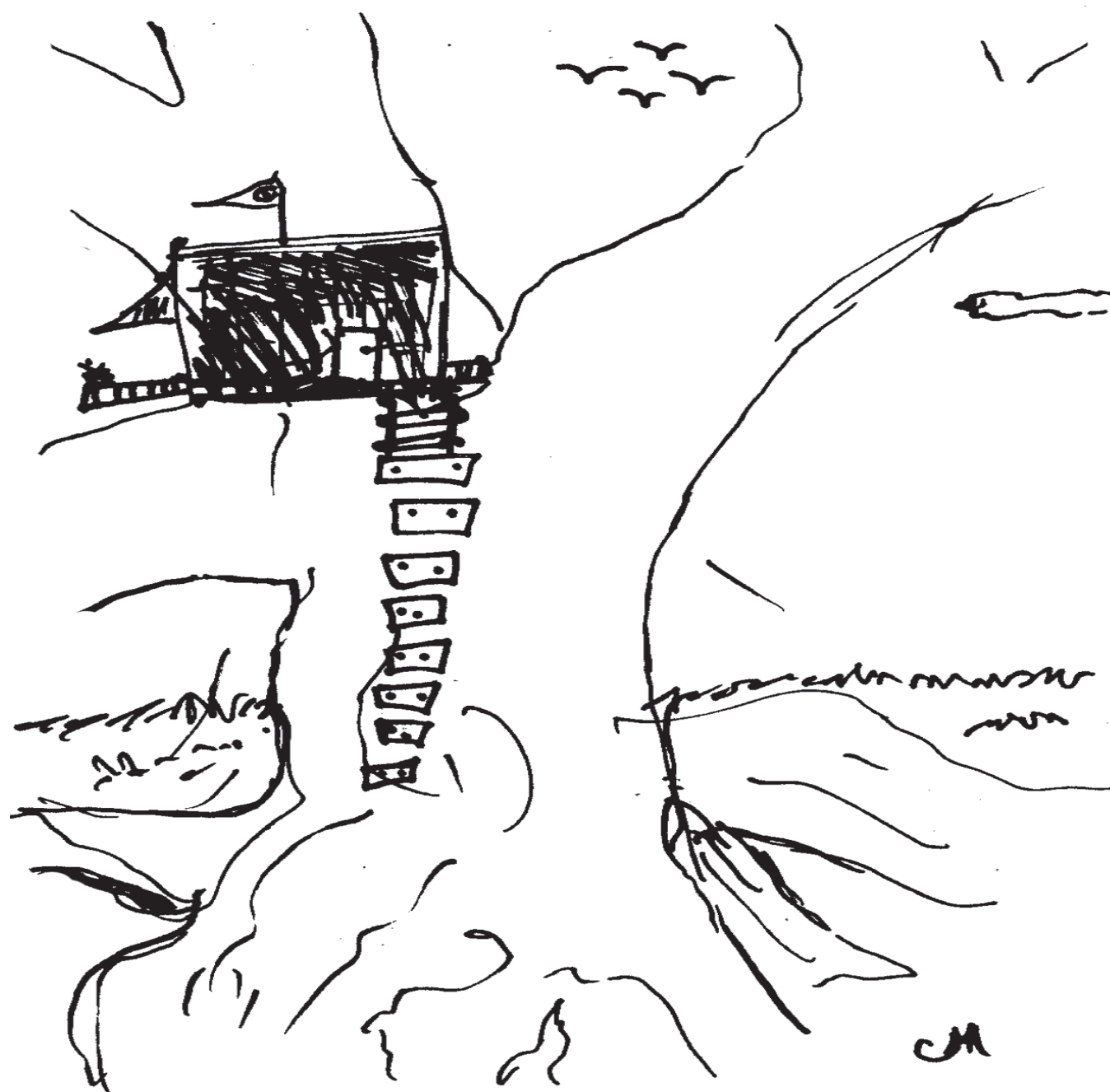
El error era creer que tenías algo que ver conmigo. Lo cierto es que mi cuerpo había sido elegido al azar para dar a luz a un ser libre, de esencia y de existencia. Vos no eras mi hija, bailarina. Mucho tardé en comprenderlo.

Baudelaire que creó el valor de lo nuevo,
sin embargo, rehusaba viajar.

Sé que llegué sin permiso,
sé que irrumpí en vuestras vidas
como la tormenta que súbitamente aparece en el sosiego del paisaje
y entonces hay que salir a buscar refugio pero sólo para
seguir contemplando porque la montaña, el mar, el cielo,
son tan inmensos en su diálogo
que ya no es posible desligarse de la vastedad.

Sé que ustedes tuvieron que refugiarse cuando acontecí
porque todo se rompió,
el-sentido-se-rompió,
cómo-se-vive-sin-sentido-se-
preguntaban-una-y-otra-vez-
sin darse cuenta de que
ya-antes-no-había-sentido
y el que traía en mis brazos,
ininteligible, sí,
era un sentido, al fin y al cabo,
era-mi-regalo
para ustedes
y no había motivos
para quedarse ahí parados,
en estupor,
-punto y aparte
qué respuestas podría haberles traído
si no sabía hablar-,
¡y los gestos!
los gestos que empecé a hacer
no fueron comprendidos,
claro, cómo iban a serlo,
si las almas siempre andan vestidas.

Tuve que abandonarlos.
En ese momento, no había alternativa.
Pero ahora volví,
dispuesta a intentarlo
una vez más.
Que esta lluvia que me toca
pueda al fin
envolvernos a
todos.

**Intemperie**

Soledad Stagnaro

Sal a la intemperie!
Vén dulce sino
a-bogar mi ley.

Me llueves
Me ventilas
Me congelas
Me iluminas
Me acaloras
Me oscureces
Me destemplas
Hasta hacer de mí: el templo de tu Estado.

Y mientras dime...
dónde he quedado yo?

Sin tensión más intensivo
-e intencionado-
Se encuentra tu recuerdo en mí.

Un manifiesto plural
yace de modo singular
en el fondo de mi mar.

Donde encuentro
algo de alga
Conformándome apenas

A duras penas
Me ablandan tus palabras
Endebles.

Hoy navegando estoy
En mi barco
Des-cubierta

Intemperie

Florencia Abbate

Acababa de volver y sentía que nada era real. Ya me había olvidado de mis cosas, de que existían, de su apariencia. Me había olvidado inclusive de cómo solía ser yo antes de irme. Yo, tan disímil a mí... no lograba encontrarme en la luna que seguía flotando por encima de la plaza donde antes tantas veces me sentaba a recibir la noche. Ni en el cuerpo envejecido de mi madre. Ni en los libros que con tanto empeño ella me había guardado. Ni siquiera en el espejo frente al cual me descubría lo único indudable: la cicatriz del viaje. Hacía colas para formar parte. Horas y horas se perdían en trámites que sólo incrementaban la extrañeza, el delirante asombro... Pensé: la primera impresión dura unos días. Pero aquello continuó y era tan desconcertante que fui a ver a un médico y le dije: «Deme algo porque yo no sé qué pasa». Compré en una farmacia las pastillas que me había recetado y después llamé a una amiga. Mara insistía en recomendarme a un chino. Siempre tenía algún chino a mano para todo... Apenas con la ropa que llevaba, poco después me mudé a una casa inmensa donde vivían ella y cuatro amigos más. Estaba obsesionada con la idea de la impermanencia. Pensaba demasiado. Supuse que me iba a hacer bien la compañía.

A los vecinos de la casa de al lado no les gustábamos ninguno de nosotros. Formaban una feliz joven pareja pero como de otro tiempo. A tal punto que él aún discutía si existe la amistad entre el hombre y la mujer, sin haber registrado que su hermano era transformista. El hermano del vecino tenía una sensibilidad bastante afín a la nuestra. Adoraba burlarse de sus taras y sus incapacidades. Y una vez en la puerta me dijo que se había dado cuenta, abrazado a los 28 kilos de su amigo internado en no sé qué hospital, que no hay nada que alcanzar o ambicionar, que no existen ni el triunfo ni el dominio... Algo similar creía Flavio, de los seis que habitábamos la casa, el más reservado. Su presencia era casi imperceptible. Francisca decía que Flavio quería atesorarse para tiempos mejores. Lucrecia aseguraba que un par de experiencias muy feas le habían dejado el deseo atrofiado: ningún reproche que hacerse por actos que ya no realizaba, ninguna vanidad por esas obras plásticas que ya no concebía, ninguna preocupación por gente que ya no le importaba.

«No entiendo por qué esa tendencia a querer saber cosas sobre la persona con la que te acostás», me interrumpía Lucrecia cuando yo comenzaba a preguntarle por su amigo Marcus. «Marcus no es más que eso: Marcus», me decía y parecía que Marcus podía ser cero o un alma brillante según cómo uno decidiera interpretarlo. Nunca llegué a saber qué tal era despertar con él. Casi al alba, saltaba de la cama alegando en un alemán sonámbulo que era la hora de pasear a su perro. A mí me daba pereza escuchar otro idioma tan temprano.

Asentía con los ojos cerrados. Lo oía salir y soñaba que se iba a hacer *footing* a la plaza, comandado por un *personal trainer* cuyo nombre era Dogo; que nevaba y su flamante ropa quedaba cubierta de copos de nieve; que pasaba por al lado de un mendigo y le daba unos rublos; que volvía a despertarme con el pelo emblanquecido y, masticando astillitas hielo, me explicaba: «Las personas se dividen en dos clases: los que van bien vestidos y los que van mal vestidos. Pero hay justicia: la nieve se divide en partes iguales para todos». A Andrés le encantaba conversar sobre ese tipo de fenómenos: los sueños, el sexo, la suave caída de la nieve, la caída del sol y de la lluvia, de las hojas; también, sus abruptas caídas. Tenía una gata llamada Eutanasia y una novia tan celosa que entraba a su casilla y le leía enteramente los mensajes. Cuando él se dio cuenta ella le dijo «¿No te explicaron que nunca te conviene poner de contraseña el nombre de tu mascota?».

Las pasiones de Andrés se parecían demasiado a sarpullidos. Y su ánimo cambiaba con una rapidez alarmante. Atinaba a anunciarlo con la frase «Estoy por derrapar», y de pronto era otro su carácter. Esa capacidad para volver todo denso en un instante me irritaba y deprimía. Ciertas noches daba vueltas por la casa como estrangulado por sus propias convicciones. Durante aquellos trances utilizaba mucho la palabra mierda: «¿Para qué mierda querés esa estufa?», «¿Pueden sacar esa música de mierda?», «Estos vecinos de mierda», «No sé qué mierda pretende esta mina», «Debo ser una mierda de persona...». Una madrugada, sentados en el living en un silencio hecho de inquietud petrificada, escuchamos el murmullo de un refugio de ratas por debajo del piso de madera. Yo tuve pánico y él me decía: «Las ratas están ahí y corren. Las ratas también tienen vida. ¿Qué mierda podrías hacer? ¿O acaso te vas a mudar a otro lugar por eso?».



Al oír a las ratas yo pensaba en los pies desnudos de Flavio. El siempre andaba descalzo. Francisca decía que se estaba despojando. Andrés le llamaba a aquel proceso «el devenir villero», e ironizaba: «Nosotros tenemos que atarnos los cordones, bancar el sudor entre los dedos debajo de las medias, sacar de los zapatos el barro cuando llueve y lustrarlos a veces. San Flavio no, él es un hombre libre, es un artista, y morirá descalzo». Andrés no sentía el más mínimo respeto por Flavio; eso deseaba expresar cuando decía: descalzo. Los contactos de Flavio con el mundo eran cada vez más esporádicos y, debo confesarlo, a mí me atraía su misterio de reloj cucú... Me hubiese gustado preguntarle en qué lugar vivía, ¿en la punta de sus dedos? ¿En la música? ¿En el fondo de sus sueños? ¿A través de sus cejas?: ¿dónde? Parecía haber desaprendido el grueso de la lengua y preservado monosílabos exclusivamente. Las frases de Flavio eran enigmas, piedras dejadas ahí, guijarros de antimateria o señales que indicaban una ejecución imposible. Ante él sentía que mis frases estaban demasiado cargadas, no lo bastante vaciadas por la respiración. Me preguntaba si eso se lograba descansando los pies. Si descalzarse era una forma de aprender a tolerar la intemperie, los huecos, lo desprovisto.

La presencia fantasmal de Flavio contrastaba con el infatigable voluntarismo de Mara. Ella esperaba un Gran cambio. Había decidido aplicar a no sé qué y repetía esa palabra decenas de veces por día. Aplicar, aplicar, aplicar, y la palabra era cada vez una goma que frotaba la misma superficie, borrando algo reiteradas veces como con la secreta esperanza de que al fin se hiciera un agujero. Pasaba todo el tiempo navegando en Internet y en esas aguas pescó un amor virtual. Delante de Lucrecia alardeaba: «Anoche recibí 14 mails de Jane en media hora». Lucrecia me había contado sus asuntos con ella: «El tema es que no funciona para nada. Hacerlo con Mara es imposible. Pero siempre volvemos a encontrarnos desnudas de nuevo. Nos miramos y decimos: ¡Otra vez! ¡Por Dios! ¡¿Por qué lo hacemos?!». Yo notaba que todas esas casas le causaban algún daño. Un día en la cocina, lavando, de pronto se rascó la cabeza y murmuró: «¿Por qué será que casi toda mi vida está hecha de cosas que hubiese preferido no hacer?».



Se reía pero me pareció que la risa no era clara. Esa noche tomó unos cuantos tragos. Como se había quedado sin dinero para salir se puso a bailar sobre la cama. Después cayó tumbada en el colchón y se largó a llorar. Le pregunté qué podía hacerle falta y respondió «No sé... una familia... algo apretado». Para entonces yo había empezado a soñar con nieve seca, y no atendía si en mi celular veía el teléfono de Marcus. Que me negara tanto lo había enardecido; llamaba sin tregua y Andrés acotaba «No sos vos, sino el orgullito, lo que lo hace insistir». Soñé que el viento llenaba de nieve la cerradura de la casa y la llave no entraba, y que luego Francisca soplabla sobre nuestras llaves como si de ese modo intentara reanimar corazones helados. Pero creo que el corazón de ella tampoco estaba a gusto. Decía que tenía que soltarse y fantaseaba con el teatro. Me contó que había salido con un tipo casado, dramaturgo. Que resulta que a él se le paraba y se le bajaba al instante. Que llegado cierto punto a ella se le fueron las ganas. Que él se obstinaba pero ella no quiso. Y que él le dijo que eso ocurría porque ella no era muy demostrativa, que no sabía lo que ella sentía, lo que le pasaba, que ignorar sus emociones lo hacía sentir inseguro, etcétera etcétera. Francisca le había contestado: «Pero qué carajo importa lo que vos sentís, lo que yo siento, lo que nos pasa y todo ese rollo de las emociones...».

Lucrecia comenzó a parecerse a un péndulo oscilando entre la ira y la plegaria. Había colocado en una esquina de su cuarto un balde lleno de agua hasta la mitad. Según ella para sofocar incendios; por alguna razón se le ocurrió que se venía uno. Yo veía a Lucrecia inclinada sobre ese precipicio cilíndrico, el agua turbia y en su superficie unos insectos lentos, la cabeza de ella casi adentro, como midiendo la distancia o queriendo llenar la otra mitad del balde con un grito. «En este juego rendirse no vale», me anunciaba antes de irse a dormir. Jamás supe a qué se refería.

Mara se compró una *webcam* y desayunaba todas las mañanas con su amor virtual, una chica rubia, ligeramente gorda, que comía cereales con forma de anillos de colores. La vi una vez mientras se despedían, con cara de sapo sedado y bigotes de nata, pidiéndole a Mara que no se olvidara de darnos sus saludos a los *roommates*.

Después vi a Jane girar en su silla y aclararle a su madre que no había entre nosotros ningún terrorista, que sí, que era seguro, que Sudamérica no tenía *nothing to do* con Medio Oriente... Yo no comprendía por qué Mara planeaba ir a Texas ni cómo podía querer convivir con aquellas dos rubias, diferenciadas sólo por el hecho de que la madre ya era obesa y de mañana devoraba pollo frito. Francisca me regaló una suerte de consejo multiuso: «Lo más sano es cambiar de perspectiva. No tenés que juzgar nada que pase ni sentir que es triste. Solamente observalo y pensá que así es como la gente hace hoy las cosas». Traté de aplicar aquellas fórmulas en diferentes casos. Pero ni así conseguía quitarme la sensación de que se había estado yendo en cantidad todo aquello que en lo que yo creía o que estimaba en algo.

Los calendarios son muy convencionales. Los números que aparecen en ellos no nos representan. Se suele pensar que al dos de enero le sigue el tres de enero, y no inmediatamente el veintiocho. Pero esa sucesión ordenada no existe. En verdad los días llegan como quieren y para cada uno; a veces llegan varios de golpe, o puede suceder que un día tarde varios años en llegar. Entonces vivís en el vacío, no entendés nada y sufrís mucho... Ninguno sabía por qué pero lo nuestro ocurría en un tiempo difuso, como en un *after*, o en el espacio cerrado de un grano de arena inexplicable. Sólo Eutanasia parecía capaz de distinguir los movimientos de la vida, la captaba en lugares minúsculos, la olfateaba y la seguía.

Flavio no pronunciaba ya ni una sola palabra. Se limitaba a poner un disco u otro en el equipo del living. Una tarde el equipo no anduvo. Lucrecia desenroscó una canilla del baño y la escondió. El agua brotaba a grandes chorros y la bañera comenzó a desbordarse. Andrés abrió la puerta de la casa. Pisó sobre mojado. Lo habían despedido del trabajo y su nariz sangraba. Mara llorisqueaba con el rostro eclipsado en la luz muerta que cubría el monitor. Un virus acababa de quemar el *mother* de su máquina. Mientras tanto Francisca veía televisión en su pieza. Me llamó y cuando fui de inmediato señaló la pantalla: se había acabado el uno a uno. Ella dijo «Los valores cambiaron». A mí me importó nada la moneda porque andaba como loca buscando a Lucrecia. Fui a la cocina y quedé detenida ante el reloj. Unos minutos después entró Flavio. Nos miramos a los ojos y lo vi realmente distinto. Como si hubiese terminado de perder la confianza en estar para algo. O tal vez como si hubiese perdido la confianza en estar.

Si fuera cine, acaso ahora el productor habría exigido el suicidio de algún personaje. Era un poco el clima, aunque no para tanto. En realidad el desastre eligió como mejor escenario la casa de al lado. La muerte no es negra. Es blanca. Igual que el primer fogonazo de flash ante nuestra sorpresa. Tras el fotógrafo vimos periodistas, un camión de bomberos, policías. Nosotros ni siquiera habíamos oído los gritos. Al vecino lo sacaron con esposas y a ella en ambulancia. El tenía el aspecto de un contador en un mal día, nada más que eso. Andrés prestó declaración y Francisca capturó varias escenas absurdas con su cámara. Lucrecia contemplaba fijamente a la vecina; la canilla asomaba como un tótem del bolsillo de su saco. Aferrada a un brazo de Lucrecia, Mara hacía preguntas como qué significa ser normal, quién se anima a explicar qué es la locura, cómo cuernos se las ingenia la gente para congraciarse con la ciudad donde nació. Esa noche fue la primera vez que cenamos todos juntos. Lo ocurrido generó un irrefutable sentimiento de alianza. Compartimos los vasos y también chistes de humor negro. Jugábamos a pellizcarnos para salir de la duda... Aquel raro malestar se disipó en el tintineo de cristales, el olor a comida y nuestra charla, mucho más amistosa que siempre, vivificante. Me fui a dormir acompañada por el eco tibio de las voces de ellos. Pero al acostarme, no sé por qué apoyé mi mano sobre la cicatriz del viaje y me acordé que de chica, cuando volvía del colegio caminando, me preguntaba qué era peor, si el lugar del cual salía o al que iba, y como mi casa y la escuela me angustiaban en igual medida, alguna vez llegué a pensar que mi único lugar estaba ahí, que debía ser simplemente ese tránsito, esa zona sin techo, ese espacio intermedio, la intemperie... Soñé con ventanas heladas, cubiertas de nieve. Las limpiaba con la mano hasta encontrar mi reflejo y cuando al fin me veía sus alas se abrían de golpe; salía a la calle y empezaba a caminar bajo la luna, sentía que me iba a congelar y que el tiempo transcurría sin que amaneciera nunca, pasaba por la plaza y al cruzarla me resbalaba y caía, pensaba que siempre sería invierno y faltaría algo, y no quería levantarme porque así, hundida en la nieve, no sentía el frío. Unos pájaros cortaban el cielo. La música de su aleteo fugaba y volvía, fugaba y volvía...

No hay peor intemperie que la que supone la existencia de un techo

Fernando Fazzolari

“Tal vez todo sea apenas una confesión; las escrituras, los martirios (testimonios), la reedición de la pasión que retumba en cada texto, en cada imagen, como la voz de nuestra historia puesta en esa piel que no es otra que la de un espeso espejo que refleja el esfuerzo de poner en materia lo intangible. Tal vez un oficio afanoso de tentar a la imagen con el infinito mediante algún rito de multiplicación y ponerse a la búsqueda de un todo perdido, sabiendo que no hay encuentro posible y sostener esa imposibilidad con la persistencia.

Tal vez no exista, tal vez sea sólo un objeto de proyección, un lugar donde instalar las formas de la propia memoria para que desde allí nos observen y piadosamente nos liberen.”

Así trataba de explicarme en el prólogo de una muestra -Historia de una Pasión- las herramientas de comunicación que la iglesia católica instrumentó desde la imagen para lograr a través de un sistema múltiple de representaciones pictóricas, un universo de proyección que pudiera abarcar todas y cada una de las instancias de los individuos, sus dolores particulares, sus pesares, hasta sus momentos de gloria.

Y desde esos paradigmas construir un modelo de vida y comportamiento para soportar los hechos de la vida mundana.

Decía entonces imagen y digo ahora palabra, en particular la escrita y su difusión, ya que es precisamente por ese medio que se propagó una nueva perspectiva en la exégesis de las sagradas escrituras.

Es esencialmente la liberalización de la interpretación de las escrituras a partir de Guttenberg, la que convierte a la Biblia en un producto mediático, el primero global, a partir del cual la fe pasa de ser un bien controlado por una autoridad central, con todo el marco de regulación que ello supone, a ser un producto de mercado a partir de su interpretación por parte de un comunicador mediático, el pastor, que se transforma en el difusor de la palabra sagrada con el permiso implícito que puede con ese material básico, interpretar y construir un discurso que sea atractivo, comprable, por los fieles. De manera que en este esquema, lo visual católico se convierte en lo mediático del protestantismo.

El proceso de seducción de Dios pasa entonces por la capacidad teatral, performática del pastor.

Y lo mediático en el protestantismo resulta entonces performático.

Las escrituras son interpretadas teatralmente, el pastor que más grey consigue es aquel que más eficazmente comunica, el que mejor vende la palabra de Dios y por lógica consecuencia capitalista quien obtiene los mejores recursos para su iglesia.

Asimismo, este sistema abre las posibilidades de independizar a los pastores de la iglesia de la misma manera que los diferentes artesanos y comerciantes se desprenden del señor feudal.

Esta capacidad de producir y ofrecer el mejor producto para cada individuo y alentar de manera filosófica el principio de identidad personal y búsqueda de beneficio se traslada tanto a la economía como a la fe.

Y en ese tránsito se produce uno de los más efectivos maridajes de ideología, economía y creencias que viene dominando el mundo desde hace varios siglos y que en este momento reina absolutamente sobre toda la humanidad: el individualismo capitalista.

Esquema perverso ya que aquellos individuos, en origen sacralizados, no son otra cosa hoy, más que un objeto de uso del sistema que los agrupa.

Lo performático, se expande a partir de los fenómenos tecnológicos, así la radio, luego el cine, más tarde la televisión y por último Internet, terminan siendo recursos que fueron siendo cooptados por los ideólogos del liberalis-

mo y funcionales a la transmisión de un dogma a ser aplicable en todos sus ámbitos.

Podría inferirse entonces que la pinacoteca vaticana del protestantismo es Hollywood, y detrás de Hollywood, la pantalla, ese fenómeno de extrañamiento del individuo, la búsqueda de la proyección de sí mismo en el paradigma de otro, la seducción de la proyección, del olvido de sí y del otro carnal.

El ser sólo la mirada sobre la pantalla, que oculta siempre la realidad, la pantalla como camino para una supuesta individuación, que en realidad nos lleva a perdernos de nosotros mismos.

Extrañamente en esa búsqueda del sí mismo, el sujeto termina omitiéndose tanto a sí como a los otros.

Pero el fenómeno de apropiación del capitalismo va más allá de la perspectiva protestante y de pronto requiere de sistemas de creencias más sofisticados, casi personales, cosmovisiones individuales, el “made your own god”, para lo cual hace uso de recursos de fe de otros culturales apelando a la oferta de diversidad de otras formas espirituales que como bienes materiales están dispersas por el mundo.

La apropiación de commodities espirituales y la industrialización de la fe en las fábricas de contenido de las metrópolis.

El objetivo último de esta diversificación de creencias, todas ellas apoyadas en la auto-superación y la construcción de un yo personal y divino es altamente funcional al sistema capitalista y su psicosis, teniendo como propósito lograr individuos omnipotentes y fascinados consigo mismos.

La autoayuda y las formas alternativas de salud, fe, y creencias se nos muestran hoy como un universo espiritual que se presenta como una deriva de la necesaria hibridación del protestantismo apuntando en todos los casos a la construcción de un pensamiento mágico y sobrenatural que contribuye es a las más diversas formas de la psicosis liberal. Y parece ser que en este maridaje se hace tangible el concepto que supone que la misma sustancia con que se construye lo sobrenatural se construye la psicosis.

Los seres dioses que no terminan siendo otra cosa que la deificación del individualismo en cualquiera de sus formas.

Paradójicamente así se termina cumpliendo un principio de toda iglesia: transformar la enfermedad en virtud.

Lo más singular de toda esta situación es que la inclusión en este sistema de pensamiento único —en este caso inscripto en lo individual— concluye en la formación de individuos que agrupados en castas esotéricas logran el objetivo de desarticular los vínculos afectivos reales en el imperativo de resaltar los vínculos estelares, así somáticos de un todo que oculta las faltas, apuntando a destruir los lazos con la realidad para fundar su inclusión en lo sobrenatural e ideologizar la fuga.

Esta perspectiva mística del individualismo, es la que hace que se canibalicen todas las formas de lo espiritual.

El sistema así, termina en la apropiación por parte del mercado de un universo de la fe ampliado en un sinnúmero de opciones mágicas que terminan apuntando a la destrucción de toda la red de relaciones personales con el sustento del encuentro sublime con el yo divino incluido en cada individuo. Así, la pantalla del ser se llena con un sí mismo narcisista que finalmente hace que el individuo desaparezca como real y quede sólo construido como una imagen del espejo.

Y pienso en la pantalla, ese reflejo de Narciso hoy, esa pantalla que obtura toda forma de conciencia.

Alienado el río que se refleja en Narciso.



Intemperie / Temporalidad

Patricia Carini

Situación desposeída. Fuera de carrera, soy la que vive pensando debajo de la tierra, debajo del cielo
 El tiempo es abstracto para mí
 Soy la que escribe geográficamente en ficción
 Soy fuyida. Gozo de una comodidad que no me habían pintado
 Estoy abstracta. Descansada, pacífica y socarrona
 Es soledad, me toca, rodea y gusta
 En vida no lo pensé, ni se me había ocurrido
 Boca arriba miro pasar nubes. Las luces a través del cielo indican lo que el cielo manda Día y noche, día y noche. Algún atardecer disfruto
 Todo esto es extraño
 Yo pasaba así mis días
 Llegó un joven y dejó una carta
 Creí era una carta
 Un papel. Decía: quiero escribir, qué es la intemperie?
 su lugar provoca
 Dejo mensaje, si quiere decirme algo volveré mañana
 Si el papel desapareció entenderé que lo leyó y acepta el pacto, puntos desacordados

El joven apoyó el papel en mi cara. Me di cuenta porque vi una sombra, no me dejaba ver la luz
 Lo agarre y lo leí
 Aquí estoy boca arriba leyéndolo

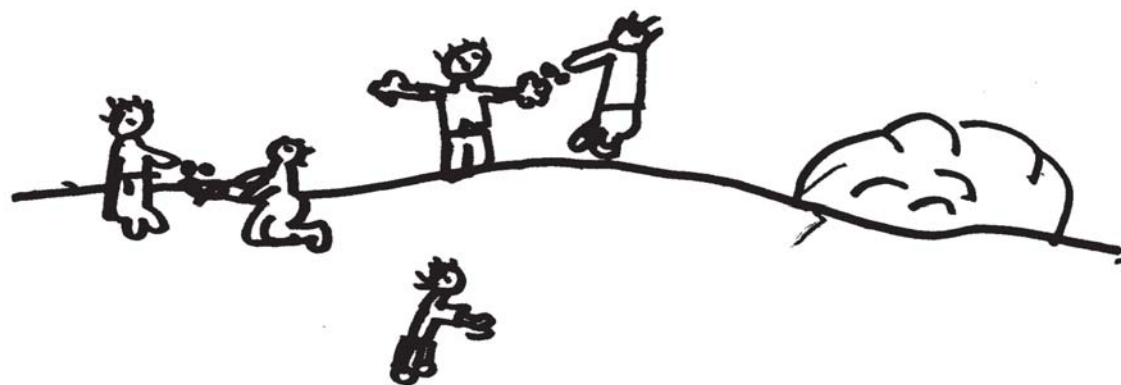
El supone encontrará un escrito arriba de esta tumba?
 Que locura. No tengo lapicera
 Imaginen la cara del joven si consigue una respuesta
 Saldría corriendo en el mejor de los casos
 En el peor pensaría: «estoy loco, deliro»
 No lo ayudaría, estaría confundiéndolo
 Cómo hago para ser con él en la igualdad exacta de mis días?

Nunca un vivo me había considerado, menos consultado
 Ojo, a mi me gustaban mis días. Boca arriba, o panza arriba, dirían los que andan sobre césped, colchones o terrazas
 La intemperie al revés de la intemperie es desafío

Encontré una carta de mi última amante.
 Se ve claramente: me quería más de lo que yo había sentido, emoción y culpa
 Aquí abajo la culpa es una tontería pesada y vanidosa.
 La emoción es directamente inútil
 Preferí usar el papel en el reverso para escribir de nuevo
 Con qué escribí? Siempre hay un carbón finito para eso

Boceté lo que leyeron al comienzo. Sigo pensando en la manera de comunicarme con el joven
 Mientras: para mí la intemperie era que no me amaran, el abandono
 Ser yerma, deslucida y apagada
 Atravesar la vida sin atravesarla. Ser espectro que nada deja
 Olvido de cariños y pasiones
 Nada de eso ocurrió
 Morí en un funeral de fragmentos gloriosos

Mientras, incordio!, no se qué decirle al joven amable, profundamente oscuro, depresivo, que hace del gris su signo y su sino; un tipo que sufre y llora en negro, ser al que intuyo le gustaría estar muerto sin saber que la muerte es otra cosa.

**De LO INNOMBRABLE (inédito)**

Mariela Nigro

Desamparados (I)

Tensa el tul del tiempo
 las fibras de la memoria.
 Bajo ese velo sólo estoy yo,
 tan sola en el doblez
 para escribirlo.
 Soledad del decir
 y punto cruz para tejerme un abrigo
 sin poder cubrir los cuerpos que en las calles
 dejo sin remedio a la intemperie

prójimos
 en su espesa telaraña de amarguras
 sin que el tiempo les tienda
 una prolija hilacha,
 el amparo de un nombre,
 algún regio vestido de palabras.

Intemperie

o

La más pequeña de las muñecas rusas

Mariela Nigro

Parece que la intemperie es lo que queda fuera de mí, la oquedad exterior del cuerpo y su horror al vacío. Aquí adentro yo me albergo; corre el río del tiempo y me abrigo en sus aguas. Allá afuera, está todo lo que yo no soy, un no que me sostiene, el espacio que se curva con la voz que emito o el gesto que proyecto. La intemperie es el abismo que anonada, el ser inverso, el rincón al que termina atado por el lazo transparente del tiempo.

No.

La intemperie es el cuerpo, ese rebozo de carne que ajusta el alma aséptica a unos contaminados tejidos. A la intemperie del cuerpo vive el hálito encendido del yo. Yo soy sólo pensamiento y estoy a la intemperie de mi cuerpo. A veces salgo de él, me cobijo en el aire, en el resguardo del hijo, me pego al firmamento. Escribo un poema y vuelvo. Vuelvo a la intemperie del cuerpo, a su lienzo bordado por el lenguaje y el afán. Vuelvo a la intemperie de la carne, entro a la fuerza, encarno.

Pero, más adentro, hay algo que está a la intemperie del yo, enredado en las cosas que no he dicho y en las que no he pensado, algo mucho más pequeño, eterno y ajeno, un prototipo misterioso que a nada ni nadie pertenece.
 Cajas chinas o muñecas rusas.

Eso ubicuo y sin nombre, que no ha nacido ni morirá, esa tempestad en una gota, ese revuelto río seco, esa fuga inmóvil, su afable ferocidad, su palabra muda, lleva un universo adentro, a la intemperie de Dios.

No creo en Dios.

De las muñecas rusas, la más pequeña va leyendo lo que escribo. Parece que lo entiende; corrige la escritura, resuena su voz. Un leve gesto suyo, y es mayor el desamparo. Todas quedamos a la intemperie.

Descenso I

Pepa Mena Larraín

«Cuando Dante bajaba al infierno,
¿no estarían sus ropas manchadas
de sangre uterina?»
Apócrifo

No puedo olvidar el paraíso.

Desde la esquina contemplo
el viaje errabundo de las hojas.
El paraíso se deshace
bajo el lento holocausto del otoño
y ante las hojas desgarradas
admiro la separación como caída.

Lento descenso al limbo.

Desde un otro sitio
hacia otro lugar
caigo tapándome los ojos,
caigo a este limbo misterioso
ovillada en torno a mí
mientras escucho a lo lejos
el crujiente aterrizaje de las hojas
Y una mano femenina, desde arriba,
se agita adiosmente en el aire.

Atada a cintas ancestrales
caigo embobinada
por un trayecto misterioso.
Transparentemente toda
enredada por la garganta
rastros de sangre me acompañan
mezclada con el polvo
que de la tierra asciende.
Desciendo sin clemencia
a este imbautizado limbo.

En la vertiginosidad de la caída
Mantendré la vista
fija en la montaña.
Está escrito:
Atrás el paraíso.
Delante sus destellos
Como augurio y susurro.

Zambullida lenta

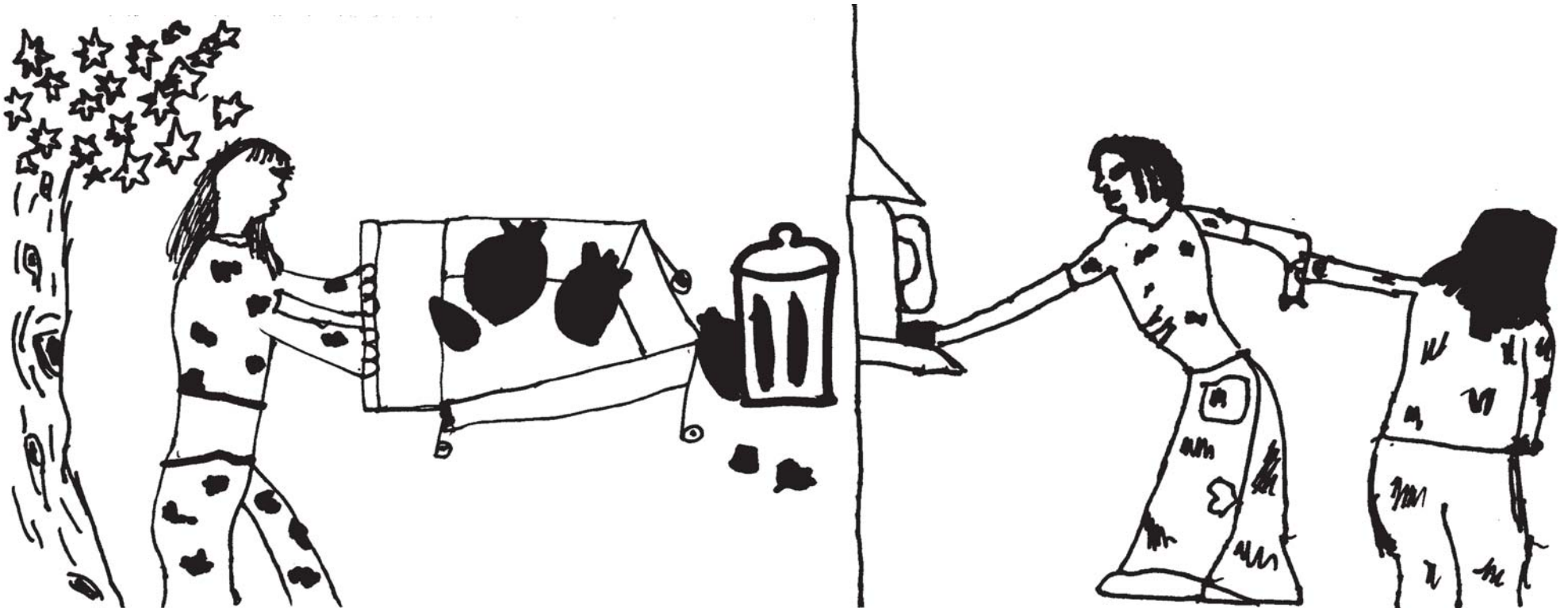
Pepa Mena Larraín

Poco a poco
y a zancadas
me voy sumergiendo
en la maraña de lo probable,
los acasos, los entonces...

Y sin embargo
todavía no abandono.
Sigo sujeta al mástil de la infancia
esperando el minuto mágico
en que se acabe la tormenta.
Todavía siento y
siento con la boca,
la misma que lamió a mi madre
y casi en la misma forma.

Poco a poco
se dispersa el horizonte:
El norte se hace trizas.
Y allá al fondo vislumbro mi silueta:
una sutil mancha en la espesura,
Poco en tanto.

Una lágrima blanca me galopa,
rueda paladar abajo
y ahí quedo,
recipiente-sonrisa de los llantos,
escuchando por la noche
de dioses superiores e inferiores
llamándome a regazo,
llamándome a blandura
llamándome a lisura.
Y no me acostumbro
no me acostumbro
a esta adultez confusa,
definitiva y confusa
compuesta de banderas,
de barcos sibilinos y banderas,
y siempre
siempre
de oceánicos adioses.



Economía y nomía del Eco

De Economistas, Ecologistas, Animales e Invernaderos

Federico Gatto

Qué triste es cuando los economistas inventan limitaciones de acción basándose en concepciones pobres de lo factible. Pero cuán hermoso es cuando de la creatividad económica surgen formas sublimemente ingeniosas de superar problemáticas vinculadas al caos del hombre en sociedad y la relación del mismo con las restricciones que impone el Planeta (tangibles e indiseñables). Caso de esto último es el del modo de implementación del Protocolo de Kyoto: Los Gobiernos del mundo acuerdan reducir la contaminación de la atmósfera, con el objetivo de desacelerar el proceso de calentamiento global que lleva a cambios climáticos espasmódicos que golpean duramente el statu quo económico y habitacional del hombre así como también las posibilidades de planificación a largo plazo de dicha especie. Sin embargo, reducir las emisiones de gases contaminantes de los agentes productivos es complicado, e intentar imponerlo compulsivamente generaría un choque con complejos, diversos y dinámicos planes de producción; además de que por el momento, cierta tecnología fundamental para la cotidianidad productiva que sostiene el mundo actual no puede ser reemplazada por otra menos contaminante (sin sacrificar parte de ese mundo), o es realmente muy difícil hacerlo. Es ante esta problemática que entran a jugar la imaginación y la abstracción, pilares vitales de la Economía: el Protocolo se implementa a través de los Bonos de Carbón. Las empresas que emitan más gases contaminantes de lo permitido pueden compensar este desajuste con una cantidad equivalente de descontaminación que se produzca en algún lugar del Planeta. Para ello la ONU entrega dichos Bonos a nuevos emprendimientos que demuestren estar limpiando gases contaminantes (con tecnología o forestación especial), y los responsables de dichos emprendimientos venden los Bonos a las empresas que necesitan compensar su mugre con higiene.

El hecho de que los emprendimientos sean nuevos (y efectivamente surgen cientos de iniciativas gracias al atractivo comercial de lucrar con esos Bonos ecológicos) garantiza que se está descontaminando en una magnitud mayor que antes del Protocolo, lo cual es en definitiva lo mismo que si las empresas estuvieran contaminando menos. Es decir un escenario de menos basura gaseosa logrando mediante la creación de reglas del juego compatibles con la realidad del capitalismo globalizado y la colosalidad y complejidad del monstruo industrial.

Algo muy distinto ocurre cuando las riendas las toman aquellos que no miran lo que el Planeta puede brindarle al hombre (ya sea electricidad o desaparición de ciudades bajo el océano por derretimiento de los glaciares) sino lo que el hombre debe brindarle al Planeta: los coloridos y en apogeo Defensores de los Derechos de la Naturaleza. Gente que hace una militancia (muy cool por cierto) a partir del absurdo conceptual pervertidor de plantear a los animales y a las plantas (marginatoriamente no se incluye a los virus ni a las bacterias) como sujetos de derecho. Sujetos de derecho pero no (sacrificando coherencia para disimular delirio) de obligaciones; lo cual significa entre otras cosas que la única especie que debe respetar los derechos de los seres vivos naturales es la humana, y que, por el contrario, el respeto de ningún derecho de la especie humana puede exigirsele a un ejemplar no humano.

Es así que las más monstruosas conductas de abandono y malos tratos para con los infantes (perpetradas sistemáticamente por ejemplo por las aves) de la propia especie no implican avasallamiento de derechos de modo alguno, tampoco lo hacen las conductas de agresión inter-especie (siempre y cuando el rol de victimario no sea ocupado por un humano), pero sí entran, en cambio, en el rubro de las atrocidades conductas perpetradas por el hombre como por ejemplo: quitar las espinas a una rosa (derechos al Desarrollo con Autodeterminación y a la Libre Expresión Corporal); esquilar a una oveja (Ídem, más Propiedad Privada inalienable sobre lo producido por el propio cuerpo); o brindar a un elefante el conocimiento y la oportunidad para participar de espectáculos circenses que rompen con su monotonía, lo resguardan de las amenazas inter-especie y le permiten formar parte de la historia del entretenimiento humano y el desarrollo infantil, que son engranajes del devenir constructivo de la humanidad (Derecho a la libre elección profesional más Resolución Moris sobre insumos circenses).

Claro que en cuanto a qué no debe hacer el hombre con la naturaleza hay disidencias dentro de la corriente: hay quienes predicán la dieta vegetariana rigurosa, porque se sienten más amigos del respeto de los derechos del animal que de los del vegetal (además, la intransigencia en el naturalismo los habría llevado a una dieta a base de piedras y bacterias, algo muy duro, más aún para las adolescentes de las familias acaudaladas del mundo desarrollado, que levantan las banderas del vegetarianismo para opacar vacíos internos y carencias de ambiciones claras, y no para hacer de sus almuerzos un rito masoquista extremo); otros relativizan su propio estandarte fundamentalista incorporando huevos y leche (¿no tienen en cuenta que ordeñar a una vaca, si bien no le quita el derecho a la vida, significa abusar sexualmente de ella?); algunos excluyen el factor alimenticio del debate, porque “es una necesidad” (cayendo no sólo en la aberración analítica de considerar que el ser humano tiene necesidades en su realidad psíquica, en lugar de infinitas y cambiantes demandas, sino también pasando por alto el hecho de que aún si las necesidades existieran en la esfera del hombre, la de alimentarse consistiría en consumir pura y exclusivamente la cantidad de calorías mínimas para la supervivencia), y aquí se abre un nuevo abanico de subcorrientes sobre cuáles son las matanzas superfluas de animales y cuáles no. Pero a pesar de estas disidencias el absurdo conceptual pervertidor de partida es el mismo.

Descrito el fenómeno ideológico, y volviendo a los Bonos de Carbón, quedan por plantear dos cosas: explicitar la ya claramente deducible diferencia de posturas, teniendo por un lado la preocupación por el cuidado del medio ambiente como forma de preocuparse por la sustentabilidad del hábitat de residencia y explotación humano, y por el otro la preocupación por el cuidado de la naturaleza como forma de poner a la humanidad a los pies de los supuestos derechos de la Madre Tierra y todo lo no humano que ella contiene; y mencionar, como al principio, lo triste que es cuando los ecologistas trastocan las economías, y cuando los ecologistas no se dejan tocar por las economías. Como ejemplo de esto último pueden narrarse dos fenómenos. En la Provincia de Tierra del Fuego la especie humana está actualmente sufriendo graves consecuencias de la expansión de otra especie, el castor, que se convirtió en plaga a raíz de años de vivir en un ambiente cómodo sin predadores naturales, dado que el dientado no pertenece a esa región sino que fue introducido por el Gran Conductor para explotar la industria de la piel. El animal tapona los arroyos inundando los pueblos, entre otras desfachateces. La solución sería sencilla: los fueguinos cazan al castor masivamente y lucran con ello, y quizás hasta surgirían cosas como fiestas regionales del Castor Atrapado o jóvenes alejándose de la pérdida de la nada mediante esta nueva actividad que los saca del letargo.

Pero esta solución económica de un problema ambiental es obstaculizada por los defensores de los derechos de la naturaleza. Europa tiene prohibido por leyes ecologistas importar piel de países en los cuales se mata a los animales con trampas que no les aseguran una muerte instantánea (derecho a no sufrir en los minutos previos a la defunción), los fueguinos cambiaron todas sus trampas por estas nuevas y más sofisticadas creaciones del arte de asesinar, pero no pudieron conseguir que en pequeños pueblos de provincias pobres se haga lo mismo, por lo tanto nadie compra las pieles, no hay incentivos para afrontar los costos de las tareas de caza, ni tampoco hay convoys de jóvenes voluntarios europeos que vengan a la Argentina a brindar a los castores una muerte inmediata, así como también si lo desean entierro ceremonial y conmemoración en un eventual monumento a los Castores Caídos.

El segundo fenómeno son los inagotables y colosales esfuerzos para evitar la extinción de especies como el Oso Panda o el Koala. Ambas son especies que muestran claras falencias de sustentabilidad en la lucha por la supervivencia que la misma Naturaleza plantea como una de sus dinámicas centrales. El Koala rechaza con tanta vehemencia la adaptación a cualquiera de los múltiples hábitats y fuentes de alimentación que ofrece el Planeta que no sean el bosque de eucaliptos y el eucalipto que, combinado además con su comportamiento negligente, busca permanentemente su propia extinción.

El Panda, por su parte, no solo comparte el capricho categórico alimenticio del Koala, sino que complica hasta el infinito sus posibilidades de reproducción. A los requisitos de mínima densidad de población por km² (y obviamente el detalle de que ninguna especie que le caiga mal pueda hallarse en su Jardín del Edén apto para la reproducción) y de ausencia de distracciones en un sentido muy sensible del término, este osito, particularmente la hembra, suma una condición propia que lo empantana todo: ¡la Histeria es inherente a su vida anímica!

Una vez dadas todas las circunstancias de base, puede ocurrir que el macho con el cual la hembra hizo contacto no sea de su agrado, lo cual imposibilita el apareamiento y, quizás para cuando meses después encuentre a otro más compatible con sus ansias y se den en simultáneo las circunstancias de base, ya no tenga edad apropiada para procrear. Es ante este escenario que los heraldos del universo impermeable al lenguaje simbólico no bajan los brazos sino que comprometen de manera intempestiva y ajena a toda templanza innumerables recursos económicos (tiempo, energía, dinero, tierras, etc...) para salvar a estos seres del que sería su destino natural librados a la intemperie que caracteriza el universo al que ellos pertenecen, es decir que al salvarlos de la extinción por ser una especie poco apta, atentan, agitando las banderas de la defensa de la naturaleza, contra el ciclo de la naturaleza precisamente. Pero dejando de lado la contradicción, es más chocante el orden que esto plantea, ubicándonos en el contexto del Mundo, y no sólo del Planeta.

En tiempos de abandono, avasallamiento de derechos, explotación y enajenación, ostracismo y gregariedad, reclusión, persecución, marginación y exterminio, todo esto en el ámbito intra-especie de la humanidad, esta empresa excéntrica y épica del sacrificio a la merced de la continuidad del animal inepto y autodestructivo, plantea un orden en el cual la mayor parte de la humanidad puede verse ante el deseo propio de Ser un Panda, es decir, de Ser un Animal, porque de ese modo sus derechos estarían más resguardados. [© ff]

Hoy sigue siendo discutido (luego de siglos desde su incorporación por parte del sublimemente vanguardista Hammurabi en su famoso y difamado código) el derecho del hombre a gozar de un Salario Mínimo, una conquista sencilla y vital para resguardarlo de la intemperie del caos humano a la cual el hombre no debe estar indefectiblemente condenado ya que en su Mundo, que sí es permeable y se rige por el lenguaje simbólico y el razonamiento, las nociones de protección colectiva, solidaridad y derechos sí tienen consistencia filosófica y de hecho es el único Mundo en el cual han aparecido hasta ahora.

Claro que en una remera luce mejor el rostro de un Koala bebé que el de un niño desnutrido en Sudán o el de un adulto al cual, aún careciendo de rasgos de destrucción física (que es sólo uno de los aspectos de la vida humana mientras que lo es todo en el reino natural), la intemperie y el avasallamiento le vetaron o le trastocaron proyectos, sueños y posibilidades de goce que exceden ampliamente la estrecha parcela de posibilidades de realización de cualquier animal (si es que la tiene). Y, además, es cierto que en otro sentido el hombre está lejos de la intemperie, sumido en el ostracismo místico y en la frugalidad gnoseológica e informativa, encerrado en un orden denso y pesado por lo vacío y liviano, o, de un modo más tangible, guardado bajo la superficie en refugios antibombardeo o barcos factoría. Y, por cierto, muchos alcanzan su desarrollo personal y llenan sus vidas a través de (trabajando o financiando) prácticas y construcciones que alcanzan su máxima expresión con el Paraíso Panda, tan deseable para los que quedan afuera (propiedad majestuosa de la tierra; alimentación, condiciones sanitarias y de salud garantizadas; ambiente adaptado al infinito a las susceptibilidades de comodidad del beneficiario; asistencia virtualmente ilimitada en la demanda de partenaire sentimental/sexual, con la particularidad de que esta suerte de servicio de Solos y Solas es a prueba de histéricas y ajeno a una condena de opinión de los testigos —quizás si leen esto en el barrio Chino puedan corregirme pero aparentemente no existe el concepto de La Pandaflora-).

Esta es la cuestión de los ecologistas trastocando las economías (por ejemplo vetando la salida en Tierra del Fuego donde, vale decir, cazar a los castores no sería más que quitarlos de donde nunca deberían haber estado, donde la artificialidad los introdujo, y por ende, se trataría de devolver a la naturaleza su equilibrio) o los ecologistas que, lejos del ingenio del Protocolo contra el Efecto Invernadero, se pasean con un temperamento que constituye en verdad un invernadero, que los resguarda de dejarse tocar por las economías, de permitirse ver las tempestades de la realidad económica, consagrando cobertizos donde no debe haberlos, sacrificando por el consumo de sus proyectos y por su desinterés cobertizos mucho más emparentados con una idea humana del cuidado del ambiente.

El Koala no es capaz de diferenciar ayer de hoy y mañana, el Pavo Real no sabe apreciar su propia estética (de hecho su cola cumple funcionalmente el mismo rol que los farmacológicamente nutridos músculos de los patovicas en el mundo humano), y la Viuda Negra, lejos de hallar apasionante su ritual asesino, desconoce que matará a su cónyuge hasta que instintivamente lo hace, y seguramente lo olvida un tiempo después. Pero todos ellos cuentan con un invernadero ético y estético de protección de sus derechos.

Mientras tanto el hombre sigue librado a la intemperie.

Inicial

Romina Freschi

Siempre en el inicio, como si todas las mañanas fueran realmente una vida nueva, o todas las horas, o todos los parpadeos. La versatilidad puede ser una cualidad, pero toda cualidad en exceso mata, estar nuevamente con inminente insomnio, y al mismo tiempo, en un medio sueño de obligada inspiración, la posibilidad de desarrollar las dos vertientes con igualdad de maestría, pero no haberse detenido a contemplar el paso anterior, o posterior, hasta eso es indecible. Dejarse llevar por la música de la radio, con la esperanza de tomar algo nuevo, pero con la predicción de haber elegido todos los temas, previamente.

La tecnología permite prever todo, artificar todo, no salir jamás de casa. Pero la mantención de tal standard, no solo conlleva un enorme gasto de dinero, sino que solo hace perder el tiempo (dinero), tener la ilusión de que tenemos una personalidad, que viene con nosotros, que nos arrulla y nos acompaña, pero que es fácil ver cómo se diluye en cualquier tipo de humedad, a medida que corrompemos las superficies nuevas con nuestro propio entorno recreado artificialmente.

En el otro polo de la indecisión, claro, la soledad absoluta, la imagen del desierto propio, jamás explayado con total alineación, eso no tiene límites, eso contiene la locura probablemente, y el artificio de ese desierto nos contempla antes de que podamos contemplarlo. Temerosos, la desintegración parece ser la consecuencia, la desintegración total del armado de la personalidad, la arena que se vuela con el viento, pero aun así sigue siendo arena, mar de dunas, eterna metáfora.

Desintegración, integración, todas las mañanas la reunión de las piezas de la memoria implica una elección, la elección entre el olvido y el recupero, el ahorro, lo guardado realmente para la posteridad, es decir mañana. A veces esa operación puede ser un saqueo, un saqueo de la memoria propia y la ajena, sin distinción, y una puesta en funcionamiento de todo lo saqueado en función de la no desintegración, con la esperanza de la memoria por coerción. Es difícil distinguir una verdadera situación coercitiva de una que no. Es difícil realizar el verdadero conteo de fuerzas necesario para evadir la coerción, en definitiva ésta es una operación relativa a la memoria, una tecnología en función de eso. La memoria entonces no como fin sino como medio, con determinada función, un cambio en el punto de vista, qué recordar, para qué recordar.

Queda en el medio de todas las consideraciones aquello que artificioosamente solemos llamar el deseo, a falta de otra metáfora literaria.

El deseo, como la memoria, quizás no sea un fin, a pesar de que está construido como el único fin.

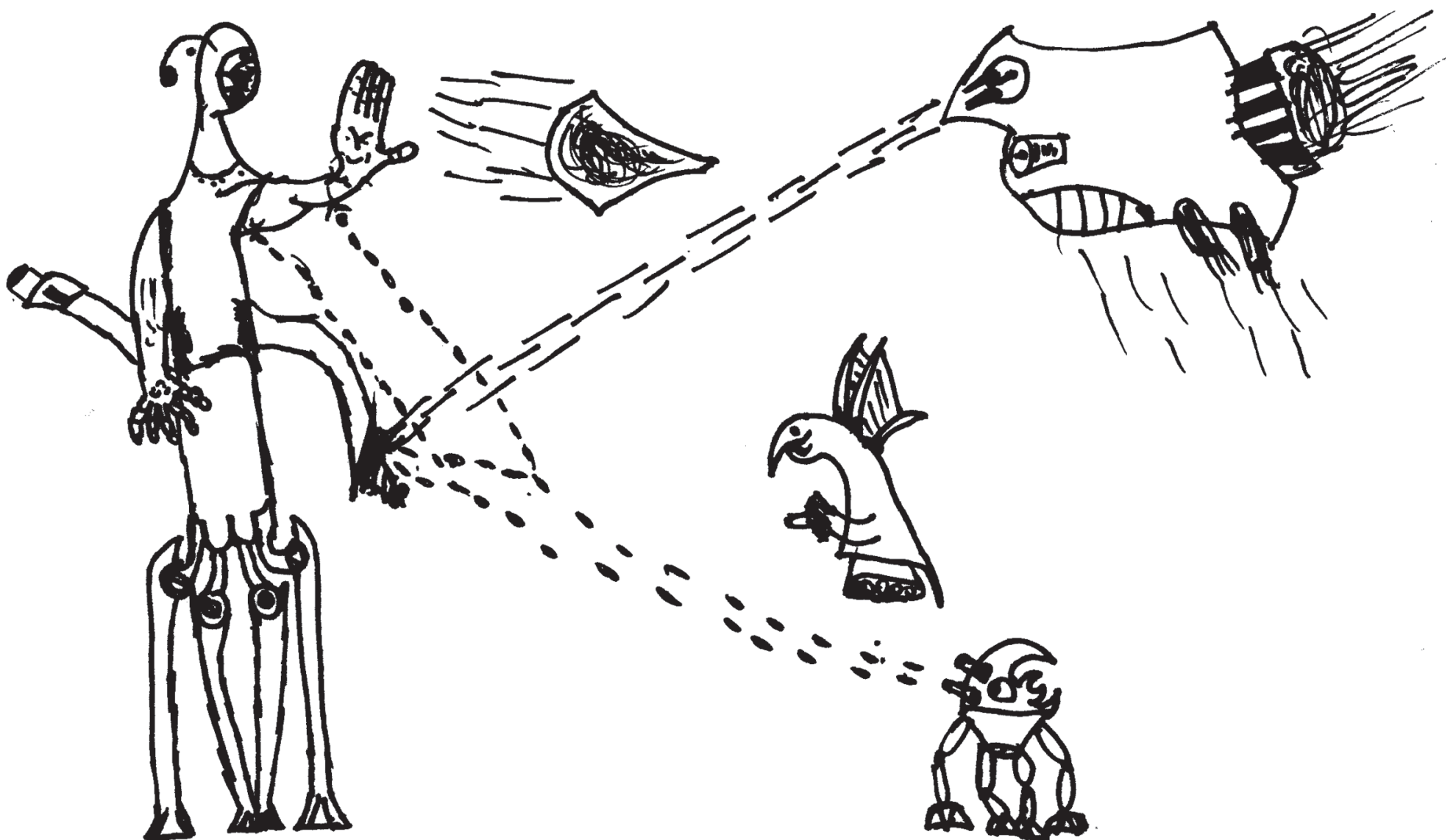
El deseo contiene la vida y la muerte, y es la evaluación que permite la elección, la suspensión de toda coerción, la posibilidad de terminar con la vida. Pero tales pensamientos son la intemperie, la divinura de un paisaje dorado de arena donde todo parece estar en su lugar, y es previsible en su imprevisibilidad. La propia debilidad no es así, y no es maldad, parece partir de la inocencia de un deseo no descubierto con anterioridad, y ahí es donde la mentira queda desenmascarada pero sin llegar a ser una mentira, solo miopía, humanidad, error, deseo de permanecer en las filas de lo posible, aquello que podemos imaginar. Entonces el deseo, en su tangencialidad, también es una herramienta, una tecnología, una mordaza de sabor doble que parece ser un castigo pero es un alivio, en el revés de la culpa.

La indecisión entonces es la constante frente a la cual todo va cambiando de signo, y el deseo y la culpa manejan la memoria a veces positivamente, a veces negativamente. La decisión que realice esa evaluación acabará con nuestras vidas. El miedo acabará con nuestras vidas. La mantención. Mantener una casa. Mantener un standard. Nada de eso debería ser privado. La mantención avejeta a las personas, los provee de temor. La falta de mantención suele traerles culpa. Pero la mantención es siempre doble. Qué mantener. Qué recordar. La mantención de lo material es la operación material de la memoria. Prever los gustos y los gastos del futuro. Como si mantener consistiera en repetir, estancar. Cómo sacudir el polvo de nuestros muebles. Tirar la casa por la ventana y jamás tener casa. Tener casas públicas en la medida de nuestros deseos. Vivir a la intemperie. Así como da miedo vivir hasta que tal cosa sea, sofocante.

volver a tratar de abrir los ojos, forzar el amanecer y con eso el olvido, dejar de pensar ya, abandonar los conceptos utilizados por toda la bibliografía leída sin especificar su sentido, ni de dónde procede su interpretación, dejarlos como agujeros negros para quien quiera leer en ellos lo que quiera, lo que resuena, aun para nosotros mismos, dejar de mantener la bibliografía, reivindicar la inocencia para al menos forzar el error y ver qué sale, cuál es ese deseo oculto, no?

Positivamente, desear el sueño, la zanahoria, la pluma, y tratar de trabajar como un burro en pos de ello. Mantener la posición. Abandonar la intemperie, rehuir el blanco de la hoja como el blanco de la nieve, dejar de morir de frío en función del calor del trabajo. Admitir el deseo de diversión, aun en el sufrimiento, que anima la indecisión, qué será más lindo, más divertido, más acogedor, más vertiginoso, más sobrio, más adecuado?

Todos los días al abrir los ojos, acabar con la mantención de la vida, en pos de la libertad, que mantiene la vida.



Inicio**Romina Freschi**

inicio, parpadeo, versatilidad,
 una cualidad, obligada, inspiración,
 gasto recreado artificialmente,
 otro polo de la indecisión, claro,
 la desintegración total del armado de la personalidad,
 el arena que se vuela con el viento, pero aún así
 sigue siendo arena, mar de dunas, eterna metáfora.
 elección, olvido, recupero, ahorro,
 lo guardado para la posteridad, coerción, tecnología,
 tales pensamientos son la intemperie
 la divinura de un paisaje dorado de arena
 donde todo parece estar en su lugar
 y es previsible en su imprevisibilidad
 la propia debilidad no es así,
 y no es maldad, solo miopía,
 deseo de permanecer en las filas de lo posible,
 la mantención, operación material
 de la memoria prever los gustos y gastos del futuro,
 como si mantener consistiera en repetir
 el sueño, la pluma, la zanahoria, el burro
 todos vienen por su alimento
 una lista de objetos familiares
 para recordarlos había mucho
 que olvidar, recordar
 está perdido
 las personas desfilan como pequeños fantasmas
 el entretiempp, para insistir en la dilatación
 no salir de ese techito de sombra conocido y ya algo
 meado y maloliente
 parece una proeza, aquí en medio de los bártulos
 pero el olor y la espalda también se concentran
 la contractura
 juntar el valor, volver, revolver. juntar el valor.
 hoy. en el cruce de sendas. la certeza
 de estar protagonizando una situación parecida
 algo cultural
 casi como el hambre y el sueño, una necesidad
 el regodeo donde no hay roce posible porque es la perfección del roce
 su fin
 allí donde casi no existe, pero es evocado, es artificial
 el parámetro de clasificación de las situaciones
 como si fuera una duplicación
 mantenerla, fotocopiarla, archivarla para más adelante
 todos los días un pullover abrigado simula
 no implica la intemperie ni viceversa
 es una montaña y una tormenta de nieve
 ensoñaciones de alma de un cuerpo
 entumecido, solo, solidificado
 el alma no reemplaza el otro cuerpo
 los roces, los aromas, las penetraciones
 y es la elección del neurótico
 un haber sido
 un cajón
 la binaridad con que los elementos todo el tiempo
 se combinan
 los coloca en un mismo lugar
 todo destruido, como puesto en cero
 la enamoradiza, y hemos olvidado el temor
 súbitamente
 la idea de tener que seguir el plan
 es una constructora de imágenes
 como si zanahoria no fuese naranja
 como si no se pudiera comer
 como si comer no fuera tan sabroso
 cortar el mambo dispuesto al sueño
 la predicha obligación
 el horizonte
 ponerse el sol encima
 dejarnos mensajes de amor
 lo demás es una copia de baja calidad
 la inquietud de un timbre, despertarse con lou reed
 propone
 una película
 sí, encender, on
 probablemente pocas cosas tengan continuidad mañana
 los paredones
 la colisión
 su blandura y su etereidad, compactas como plomo de mercurio

tóxicas
 la histeria creada nos torna subjetivos
 el ritmo conjunción
 la neurobiología
 todos las ciudades como todos los lugares, pueblos
 espacios donde vive la gente
 y nada alrededor
 el alrededor es el propio alrededor
 como un presente, propone un sustituto
 de antemano
 intemperie, nostalgia, gimnasio, ritmo
 se obtiene respuesta, eco, amor
 lo previo es lo que logramos instalar en cierto record
 el gravamen, la instalación
 la delicia
 todo late urgente aun
 administrar parece un absurdo
 cuando ya parecía indiscutible
 retrocede, malanda, malgasta
 los bártulos, el eco mayestático y ya kitsch
 la intemperie refulge en los pasos
 los objetos acumulados en función del bienestar
 han quedado caducos, impunes, obsoletos, molestos, pesados
 remodelar y remodelar
 dinamitar
 la intemperie es un gorjeo de pájaro
 el lujo de lo blanco, de lo vacío, lo solitario
 fondo y figura
 ying y yang
 y todas las variedades de lo binario y las terceras posiciones sintéticas
 puras tecnologías de la comunicación
 cómo responder al alma con el té, el oriente
 el blanco del tiempo como un derroche o un ahorro
 un blanco insignificante, titilante de significado
 quedar
 tener en cuenta la relatividad de las posibles escalas
 yo quiero estar con él
 de alguna manera puede encajar en tal afirmación
 categorización
 escala de objetividad tan absoluta
 solo es preferible frente al dolor de lo ilegible
 lo no elegible
 la tautología es valiosa
 y las expectativas divididas en cientos
 de instancias de involución.
 evolución, volución,
 coerción o elección
 cabe la repetición
 de repente íbamos en un sentido pleno y no hay más
 nada más allá de lo que hubo
 las patas en el aire
 su vibración enorme, ridícula, quebradiza
 todo así
 mostrar, brillar, gastar
 solo eso
 el derroche por el derroche mismo
 la tautología como un mantra
 una constante posible
 nunca existe la posibilidad de que las líneas abstractas del pensamiento subjetivo
 se toquen realmente con algo objetivo
 el universo en frenesí
 es un verso
 ironía, tautología, resumen
 el párpado lo mata y ya
 el teatro es el teatro
 el santuario
 para qué
 sucede lo sucedido
 la completa pregunta
 el hoyo interminable parece conocido e hipertransitado
 es algo completamente decidido, pretendido, asumido
 ser horrible y caer por un hoyo
 ser hoyible
 hollable
 insoslayable
 acampar como una afirmación incondicional
 la gramática es vencible
 intentar el camino de la nota. la gota.
 la bota. el rebotar del tambor
 es el rebote es el rebote
 no ha quedado nada ha quedado.

Intemperie

Nuria Schneller

Tiene una caja de lápices en su mochila negra.
Ahora. Su pelo se confunde con el respaldo de una silla amarilla.
¿Se encierra? ¿en el suelo? Parece un perro.
Masca un chicle, pero no veo nada. Es imposible mi mirada sobre ella,
es tercamente anónima.
Holgadamente no pasa nada.
El cuerpo es el mismo con que resucito Jesucristo.
Nada es más que ella. Ella quieta alrededor de la mesa.
quita su prisa
inhóspita entre las palabras
que cae su búsqueda, esta quebrada.

Gato perdido

Que asco ser carne y no tener cabras
entre los huesos, para deshuesarte inmensa,
quebrarte las uñas,
con que me acompañas,
pero en verdad me estas matando.
Así que la intemperie...
Una bolsa terrible negra.
La nena no para de suspirar.
La nena no para, pero suspira.
Le queda una bolsa negra, como ella.
Las dos se pueden alejar
con la imaginación del viento.
Una es aparente como la lluvia,
la otra escapa del dolor.
Mi gato es una cosa pequeña,
una cosa del mundo
con la que nadie sueña.
Mi gato es intemperie
de la luz de una cueva
que no se acuerda
que un día fue gato.

La intemperie no está servida en la sombra
ni caída en las afueras de un límite:
un señor que dice «yo». No
Es un afuera mucho más patriarcal, que goza de sus súbditos
y tiene un rey que los protege
cuando están descalzos.
Ese fuera no lo conozco. No conozco ningún afuera más afuera
de lo que no soy yo y puedo ver que no soy. Porque no estoy, allí
probablemente no me conozco... allí ¿tendré hilos de muelas fuertes?
¿tendré hijos con labios? ¿habrá vacío? ¿seré yo recuerdo de mí?
Sigo estando, sigo robando la intemperie de bocas oscuras. Seguir es merodear(me).
Resta un poco de paz, al nudo del mundo que llueve.
Y yo sigo en ese resfrío ese...moco nublado, de aguas...polvorientas, verdes.
De nuevo el sol es cable a tierra.
Nunca más el sol.
Nada, ni siquiera esa paloma
Apenas ayer.
Me miro y tengo giros, en el horizonte.
Soy diez. Me calzan las manos Lunes desiertos.
Soy cuarenta mil, el bosque sigue, las palabras rugen.
Al fin, me tiendo en el bosque y un guanaco me mira arrepentido,
de todo el sol que se llenó de arena en mis ojos.
«Bosque» dije con los labios perdidos, «ya no eres más palabra...»
Y dentro de todo, subí al espacio, que acabó su recorrido sin mí
en el tiempo.

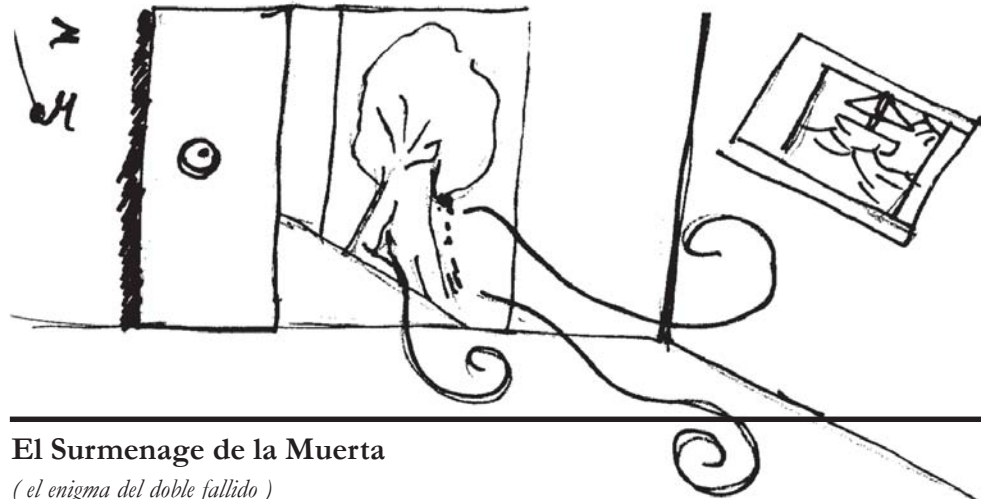
La ley

La tragedia de Cromañón ha puesto en evidencia el estado al que se encuentran expuestos los ciudadanos de esta República.
Mas allá de las naturales responsabilidades aun no dilucidadas de esta tragedia, parece que la imputación mas grave, que no resulta explicitada, es precisamente, la de develar, tal vez como muchas veces lo hace el arte, en este caso bajo la lamentable forma de un siniestro, el estado de las cosas.
La voracidad por los resultados, la negligencia de las instituciones, la irresponsabilidad organizativa, la necrofilia de los actores, el abandono de la persona entre otros males pertenecen a un estado de cosas al que nos hemos habituado y al que sólo se repudia en tanto las consecuencias superan el ámbito mas perverso de lo privado.
Cuando la catástrofe se hace evidente aparece el miedo a la evidencia, que nos hace corresponsables, al aceptar por vía de una especie de consenso tácito que las cosas están mal pero son irremediables, irreparables, insalvables, incorregibles.
Lo que implica aceptar una previa e implícita derrota moral y cívica y un sometimiento a la impunidad y a la irresponsabilidad.
María Soledad existe en tanto muerta, Carrasco existe en tanto muerto, la irracional gesta de Malvinas existe en tanto sus víctimas, los derechos humanos existen en tanto los muertos...
Y el abandono de la persona existe en tanto la voracidad del sistema. Un sistema que acepta la indigencia, la intemperie, la pobreza, la desocupación, el hambre, el analfabetismo y el desinterés por los derechos de los habitantes.
Y en ese estado de las cosas cuando sucede una tragedia se buscan afanosamente los responsables para fustigarlos y buscar justicia.
La finalidad de la ley es impedir el reinado de la injusticia, si esta finalidad no se cumple, la tentación de tomar “justicia por mano propia” y sentirse socialmente justificado, se sostiene cada día más, todo queda delineado por la venganza, la retaliación, y la furia, formas de la perturbación social más funestas e ilógicas que derivan de la impotencia.
La perversión de la ley, es la perpetua causa de odios y discordias.
Acordarse de la ley sólo en el momento en que hemos sido perjudicados omitiendo todas las injusticias e ilegalidades de las cuales día a día somos testigos y no actuamos es cínico. Es cínico pretender que no haya delincuencia ni pobreza si no hay distribución equitativa del ingreso. Es cínico pretender seguridad si no hay poder de policía sobre la reglamentación. Es cínico pretender justicia si no respetamos la ley, aunque nos duela la norma. Y las leyes se supone, son un instrumento ciudadano.

El próximo número de *El Surmenage de la Muerta* va a estar dedicado a *La Ley*.

Se esperan, como siempre, las colaboraciones.

Fernando Fazzolari



El Surmenage de la Muerta

(el enigma del doble fallido)

Colaboran en este número:

(Y en el frío, la templanza)

Juan Félix Pérez Jaglin, Santiago Deymonnaz, Ana Lema, Diana Recagno, Alejandra San Martín, Estela Gagnetten, Diana Aisenberg, Leonor Silvestri, Pablo E. Chacón, Juan Carlos Romero, Víctor F. Sitá, Roxana Licovestky, Soledad Stagnaro, Florencia Abbate, Fernando Fazzolari, Patricia Carini, Mariela Nigro, Pepa Mena Larraín, Federico Gatto, Romina Freschi, Nuria Schneller

Ilustradores: Franco, Magdalena y Guadalupe Fazzolari, feliz con mis hijos.

Idea Editorial: Fernando Fazzolari.

El Surmenage de la Muerta es un medio de construcción colectiva que se materializa con la participación de los artistas en la producción del mismo. Se espera como siempre que, para las páginas de los siguientes números, textos de más colegas se acerquen a construirla, continuarla y darle sentido.

La periodicidad deseada es trimestral. No siempre será posible.

El periódico es de distribución gratuita.

Su fin es que forme parte de nuestro medio como una obra de arte más entre todas las que circulan por el país. Parte de sus objetivos están destinados a ofrecer diferentes visiones de la sociedad en que nos toca vivir desde la mirada de los artistas. Los documentos publicados pasan a formar parte del sitio en Internet: www.surmenagedelamuerta.com.ar

Los autores de cada artículo se responsabilizan por lo manifestado en ellos y no necesariamente significan un acuerdo desde lo editorial.

Diseño y armado: Fernando García Delgado c/o Vórtice Argentina

Te. 4611-4293 | Email: mailart@vorticeargentina.com.ar

El Surmenage de la Muerta

Avda. de Mayo 1180, 2 piso, (1085) Buenos Aires, Argentina

email: elsurmenage@ciudad.com.ar

El Surmenage de la Muerta.

Registro de Propiedad Intelectual, en trámite.